SOLEDAD PUÉRTOLAS

En el camping



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Índice

Portada
Amistad
Secretos
Teléfonos
Un pariente lejano
Escritores que hablan de sus vidas
Amores
Del danubio al maestrazgo
Annemasse
Un día de playa
En el camping
Créditos

¿Dónde estuviste ayer?
¿Dónde estarás mañana?
¿Dónde estás ahora?

AMISTAD

Hasta mediados del fatídico mes de marzo de 2020, Amelia y Carla habían sido íntimas amigas, de esas que, si no se ven todos los días, por lo menos hablan por teléfono o se mandan continuos mensajes por el móvil, en cuyo manejo, a pesar de su edad, eran expertas. Ambas habían doblado con cierta despreocupación la peligrosa esquina de los sesenta años, gozaban de buena salud, cuidaban su aspecto, del que incluso estaban orgullosas –sobre todo, cuando se comparaban con otras mujeres de su edad, cosa que hacían con gran frecuencia y desparpajo–, y trataban de sacar el máximo partido a la vida, para lo que estaban excelentemente dotadas.

Como tantas mujeres de su generación, habían trabajado fuera de casa –Amelia había sido relaciones públicas en importantes empresas y Carla había hecho una buena carrera en la administración pública–, estaban felizmente casadas desde su juventud, los hijos –Amelia tenía dos hijas, Carla, un hijo– estaban casados y les habían dado nietos, dos a cada una. Ambas se ocupaban –un poco por encima– de la casa, cuyos trabajos más fastidiosos corrían a cargo de sendas asistentas, tenían tarjeta de crédito en la cartera, mano larga para tirar de ella y bastante tiempo libre.

Eran, en suma, una de esas parejas de amigas que hacen pensar a los observadores atentos y algo maliciosos que, de morir sus respectivos maridos, se irían a vivir juntas tan ricamente, sin echar en absoluto de menos la vida anterior.

Pues bien, esta encomiable relación se vino abajo en el mismo momento en que un decreto del gobierno declaró, a mediados de marzo de 2020, el estado de alarma en toda la nación, debido a la extraordinaria dimensión que había alcanzado la pandemia

provocada por un virus de origen desconocido –al que se le dio el nombre de covid-19– y la imposibilidad de atender debidamente desde el punto de vista sanitario al número creciente de afectados. El confinamiento al que fue sometida la población dio un rumbo nuevo a la vida de todos. Un rumbo que era, precisamente, ausencia de rumbo. Era un parón.

Las felices costumbres de nuestras amigas –la risueña Amelia, la ingeniosa Carla– se vieron seriamente afectadas. Adiós al gimnasio, a la natación, a los masajes, a la peluquería, a los paseos por las calles comerciales, al cine, al teatro, a los conciertos, a la ópera, a la zarzuela, a las exposiciones, a los museos, a las conferencias, a las reuniones con otras amigas, al hablar de esto y de lo otro, al arreglarse para salir, al abrir el armario y probarse ropa. Adiós al reírse sin ton ni son.

A cambio, miedo, preocupación, el parte de las malas noticias, los enfermos, los muertos, la lejanía de seres queridos, la claustrofobia, la angustia, el callejón sin salida.

Durante un tiempo, Amelia y Carla se siguieron llamando por teléfono e intercambiando mensajes por el móvil todos o casi todos los días, pero, en lugar de transmitirse ánimos, solo conseguían deprimirse mutuamente, de modo que fueron espaciando las llamadas y finalmente dejaron de hablar y de enviarse mensajes.

Un sobrino muy querido de Amelia, casi como un hijo, estuvo ingresado, grave, en el hospital de campaña que se instaló en Madrid en el recinto de la feria de IFEMA. Tres familiares cercanos de Carla pasaron, también, por hospitales, con diferentes grados de gravedad. Carla misma sucumbió a la enfermedad, pero la superó en su domicilio. Todo eso llegaron a saberlo. Ocurrió cuando aún se hablaban por teléfono. Luego vino un desierto infinito.

En marzo de 2021, un año después de haberse decretado el estado de alarma que dio paso al confinamiento de toda la población, Amelia llamó a Carla. Las dos manifestaron un profundo asombro ante el silencio que desde hacía varios meses había caído sobre su relación, pero se acogieron, para disculparse, a la extraña situación que se estaba viviendo. Todo se había enrarecido para todos. Ya se podía salir de casa, pero había que atenerse a nuevas

reglas. Amelia aún estaba atemorizada. No se atrevía a salir a la calle. Se lavaba constantemente las manos, lavaba la fruta y la lechuga para la ensalada, en realidad lavaba todas las verduras, todo lo que podía haber pasado por otras manos, desinfectaba la casa una y otra vez. En cambio, Carla, con la mascarilla puesta –y a veces un poco por debajo de la nariz– salía y entraba de casa con la menor excusa, y, en cuanto las medidas se fueron haciendo menos restrictivas, hacía la compra en el supermercado, iba de tiendas, se sentaba en la terraza de un bar, y, sobre todo, veía a sus hijos y a sus nietos.

De pronto, se encontraron discutiendo. Sus voces habían adquirido unos tonos nuevos, se habían teñido de sentimientos de reproche, de vaga amargura.

No volvieron a discutir, no merecía la pena. Cada cual con lo suyo. Amelia era hipocondríaca. Carla, qué sé yo. No era negacionista, pero no soportaba la reclusión. Era una cuestión de temperamento. Sobre los temperamentos no se puede debatir. Nadie da su brazo a torcer, no se puede. Esa es la trágica verdad.

No volvieron a discutir, pero tampoco se llamaban mucho. No volvieron a expresar, ninguna de las dos, el deseo de verse y de recuperar los hábitos de sus vidas anteriores a la pandemia.

Cada una trazó su propia rutina. Carla se fue acostumbrando a sus correrías solitarias, entraba en las tiendas, aunque la mayor parte de las veces no compraba nada, y prolongaba el tiempo que pasaba, sentada, en la terraza de un bar. Los años pesaban. Aún podía salir sola a la calle, pero llegaría el tiempo en que necesitaría el apoyo de un brazo, de alguien que la llevara de aquí para allá. Aún le gustaba estar entre la gente, observar esos fragmentos de las vidas de los otros que se desarrollaban a su alrededor, sentirse parte de ellos. Aún necesitaba eso, salir del entorno familiar, ser una persona más que anda por la calle, con una vida que los otros no conocen. Si perdiera eso, perdería una parte importante de sí misma, aunque fuera una parte pequeña, que solo florecía cuando salía de casa, cuando el hogar era simplemente un concepto, algo invisible que se encontraba tras las fachadas de las casas.

Amelia sufrió una caída, a la que siguió una fastidiosa operación

de cadera. Para andar, tenía que utilizar bastón. Cada vez le daba más pereza salir a la calle. Sus hijas se turnaban para ir a verla y dar un paseo con ella. Ya habían hablado de contratar a una cuidadora. La idea horrorizaba a Amelia. Quizá fuera preferible no levantarse nunca de la cama, como habían hecho, hacía solo unos años, algunos ancianos, ¿por qué tenía que esforzarse continuamente?, ¿no podían dejarla en paz de una vez? El mundo moderno era insufrible, a los viejos no se les permitía envejecer, ¿qué mal puede haber en quedarse al margen de todo, en salirse de esa rueda que gira vertiginosamente sin ningún sentido? Que vivan esa vida los que quieran vivirla. A los demás, que nos dejen, ¡qué empeño en hacer de la actividad el centro de nuestras vidas!

Podemos dar tranquilamente un salto de dos, cuatro, incluso diez años, sin tener que mencionar ninguna novedad en la relación de nuestras amigas. Esporádicas llamadas y eventuales mensajes, esa fue la pauta.

Nos plantamos en otro mes de marzo, años más tarde, los que quieran, el tiempo suficiente para que la vejez haya empezado a tomar posesión de nuestros personajes.

Sus vidas no confluían, cada una había trazado su propio itinerario. El de Carla era un poco el que había sido siempre, pero se había hecho más corto, más lento, menos frecuente. Se veía a sí misma desde fuera y veía a una anciana.

En aquel momento estaba sentada en la terraza de un bar, cerca del Retiro. Era media tarde, corría una suave brisa. Miraba a la gente que pasaba y lamentaba, pero muy vagamente, no poder compartir con alguien esa breve felicidad de estar al aire libre, en medio de la ciudad, cómodamente sentada en una silla que imitaba al mimbre y frente a una humeante taza de té. A fin de cuentas, no era cierto que no la compartiera. Estaba allí, a la vista de todos, rodeada de gente.

¿Y esa señora tan elegante que se apoyaba en un bastón y que

acababa de hacer su aparición en la terraza y miraba a su alrededor, como si estuviera buscando a alguien o quizá solo una mesa libre, no se parecía mucho a su vieja amiga Amelia, la querida y alegre Amelia? ¡Pues claro! Era ella. Se miraron y, tras unos instantes de duda, se reconocieron.

Amelia se sentó a la mesa de Carla. No, no había quedado con nadie. ¡Ay!, ¿con quién iba a quedar? Había tenido ese impulso, salir a la calle. Había cogido el portante y había dejado la casa atrás. No sabía bien por qué. Había tenido la necesidad de hacerlo. Demostrarse a sí misma que aún era capaz de hacer algo a espaldas de los demás. Se removió en su asiento, regocijada.

–Me vigilan –dijo–. No te lo creerás, pero me tienen encerrada, se creen que no puedo valerme.

Ciertamente, el paseo le había cansado mucho. Pero había llegado hasta la terraza de siempre que, por fortuna, aún seguía en su sitio. Quizá era eso lo que quería comprobar, ese era, probablemente, el objeto de aquella escapada. ¡Y no solo estaba la terraza, sino que estaba también la misma Carla! ¿No era increíble? ¡Qué casualidad! Esta clase de cosas te hacen pensar si no existirá el destino. No puede ser, pero, ¡vaya!, si no se trata del destino, será otra cosa, llámalo como quieras.

Acto seguido, las dos se dijeron más o menos lo mismo: no has cambiado nada. No aparentaban la edad que tenían. El bastón que utilizaba Amelia le proporcionaba, incluso, un toque de elegancia, un toque más.

¿No habían cambiado? ¡A la vista estaba que habían envejecido! Ahí sentadas, no se notaba tanto, pero ninguna de las dos se movía como antes. Por no hablar del pelo de Carla, lacio y desmadejado. Nada que ver con el peinado de peluquería que siempre había lucido y que había sido la admiración de todos y, muy en particular, la envidia de Amelia.

En cambio, los maridos sí habían envejecido, dijeron. Augusto, el marido de Amelia, tenía innumerables achaques y se pasaba el día en pijama. Fernando, el marido de Carla, se había quedado repentinamente mudo. Solo hablaba cuando una de sus hermanas le llamaba por teléfono. Entonces, sí. Entonces no paraba. Hablaba

bajito, como en secreto. ¿De qué?, preguntó Amelia. Pues de la familia, tema inagotable. Carla le había espiado, no por verdadera curiosidad, sino para entretenerse, solo por eso.

De la descendencia –hijos, hijas, nietos, nietashablaron poco. Era un asunto que, quizá de forma consciente, nunca había ocupado mucho lugar en sus conversaciones. ¡Ay, los hijos!, ese era un asunto que nunca acaba de resolverse, era mejor dejarlo ahí, fuera del ámbito de sus confidencias.

Se remontaron a aquel año, el del covid-19. Fue entonces cuando la vida cambió. El constante miedo a la enfermedad y a la muerte, que Amelia nunca había llegado a superar, había dado paso, acto seguido, a una serie de obstáculos y dificultades de tipo práctico. Ahora todo consistía en apretar botones y mirar pantallas. ¡Qué difícil era sobrevivir en ese ambiente con los años que ya tenían! Viajar –en lo que desde luego ninguna de las dos pensaba– se había hecho sumamente complicado, incluso ir al teatro o al cine –de lo que ambas sentían remota nostalgia– era difícil. Había que planearlo todo con mucha anticipación, y había que saber manejarse en aquel mundo de teclas y pantallas. Quienes no lo entendían, se quedaban fuera.

–No tengo edad para aprender ese tipo de cosas –dijo Carla.

–La vida está en otra parte –sentenció Amelia.

Las dos se echaron a reír.

Fue una risa breve, que se deshizo enseguida en el aire. Todo había cambiado. No tanto por el natural transcurso del tiempo ni por los avances tecnológicos casi inescrutables que regían ahora la vida. Ciertamente, todo eso contaba. Pesaba. Pero había algo más. Algo había sucedido entre ellas. Se habían fallado mutuamente. No lo recordaban del todo, pero sentían que en un momento dado se había abierto una brecha entre ellas. La vida las había empujado en distintas direcciones, o habían sido ellas quienes habían decidido separarse, establecerse, en la vejez, por su cuenta.

Miraban a su alrededor, desconcertadas. Los años transcurridos entre el último encuentro que había tenido lugar entre ellas en aquella terraza del mismo bar próximo al parque del Retiro habían dejado su amistad al margen. ¿Qué clase de terremoto había

destruido la alegría que les daba su mutua compañía? ¿Qué huracán se había llevado por delante ese algo invisible e indeterminado que era, sin embargo, parte de su felicidad? La máquina del tiempo había tenido una avería, pero afortunadamente, aún quedaba eso. Los gestos amables del camarero, el pajarito que, venido del cielo, se posa en la mesa, las risas de las chicas de la mesa de al lado, las pulseras que tintinean alrededor de las muñecas, el aire fresco de marzo que te hace pensar en aires más tibios, en el murmullo de las olas y en puertos de mar.

Y ahí estaban las dos de nuevo, Carla y Amelia, como en un espejismo, momentáneamente desligadas de sus familias, de sus viejos deberes y compromisos, aparentemente listas para algo más. Como si fuera un acto de heroísmo, o, por el contrario, una traición a algo casi sagrado, una voluntad de fuga.

SECRETOS

El doctor Honorio Saavedra, reconocido neurólogo, se había ganado una reputación como articulista. Empezó un poco por casualidad. Jaime Palacios, gran amigo suyo, había acudido a su consulta porque padecía una insoportable neuralgia facial. A petición suya, se habían sentado los dos a ambos lados de la mesa y no, como Saavedra había propuesto, en los sillones que ocupaban la otra mitad del amplio despacho del médico, en plan informal.

Aquella era una consulta seria, había dicho Palacios, no acudía como amigo sino como paciente. Lo que quería decirle, en el fondo, era que iba a pagar la minuta como cualquiera, consciente de que eso podría suponer un problema, ya que Honorio era un hombre generoso, dispuesto siempre a ayudar a sus amigos y conocidos, de quienes no aceptaba pago alguno.

Tras escuchar a su amigo, el doctor se puso en pie y buscó un libro entre las estanterías que forraban una de las paredes del despacho.

–¡Vaya! –exclamó, contrariado–. ¡No está aquí el libro que te iba a dejar!, ¿dónde lo habré metido? Espera, creo que se lo llevó Cecilia, pero quizá esté en un cajón de su mesa. Voy a ver –informó, mientras abría la puerta para salir.

Cecilia, la experta y eficaz enfermera que llevaba más de veinte años trabajando con el doctor, estaba de baja. Lo cierto era que Honorio no pensaba pasar consulta ese día, pero había hecho una excepción para atender a su amigo. No suponía un gran esfuerzo, solo tenía que bajar un tramo de las escaleras, ya que la vivienda y la consulta del médico se encontraban en el mismo edificio. La vivienda arriba y la consulta abajo.

Sin darse mucha cuenta de lo que hacía, un poco por instinto,

Palacios, que era un fisgón, alargó la mano y cogió los folios mecanografiados que, en un gesto de descuido, Honorio había empujado hacia el borde de la mesa.

No entendía de qué trataba, pero estaba muy bien escrito. Bueno, trataba sobre la salud y la enfermedad, pero ¿qué decía exactamente? No importaba, era agradable de leer, ¿sería obra de Honorio?, ¡qué callado se lo tenía!, nada le gustaría más a él que tener ese don, el de saber expresarse bien, oralmente y por escrito, ¡nada como un buen discurso, como unas frases bien compuestas y bien hilvanadas! Ser médico estaba bien, encima, era un buen escritor, ¡qué envidia!

Pero Jaime no era envidioso, y, en cuanto Honorio apareció –satisfecho, puesto que había encontrado el libro que buscaba–, le preguntó, blandiendo el folio en la mano.

–¿Lo has escrito tú?

–Es una bobada, lo sé –murmuró Honorio, algo avergonzado.

–¿Bobada?, no seas modesto, es muy bueno. No sabía que tuvieras estas veleidades. Tienes futuro como escritor, te lo digo yo.

–No sabría de qué escribir, la verdad. Fuera de mi ámbito, no se me ocurre nada. No tengo imaginación.

–Pero sabes escribir, eso es lo que importa. Si me dejas, puedo ocuparme de que se publique esto en el *ABC*. Conozco mucho al director.

–Jaime, no es tan fácil publicar un artículo en el *ABC*. Los periódicos importantes tienen sus propios colaboradores. Han tenido que demostrar que sirven para eso durante años. Ser columnista no es algo sencillo. Yo nunca he publicado nada, no tengo ningún nombre.

–Déjame eso a mí. Has escrito un artículo estupendo y podrías escribir muchos más. Lo llevas en la sangre. Sabes hacerlo.

Honorio se encogió de hombros.

–En tus manos queda –dijo–. Centrémonos en lo tuyo.

Repentinamente, Jaime se encontraba mejor. El dolor había cedido un poco. Honorio lo examinó detenidamente. Le prescribió fármacos. Le hizo algunas recomendaciones. Le tendió el libro sobre el que había apoyado las manos.

–No te curará, pero te irá bien, es interesante, hay mucho de filosofía oriental, ya lo verás, pero pasada por Occidente. Trata de esta clase de dolores, los que vienen y van. Se lo recomiendo a muchos pacientes.

Los dos amigos, finalmente, se pusieron en pie. Honorio acompañó a Jaime a la puerta del piso y se despidieron. Jaime llevaba en el bolsillo de la chaqueta, doblados, los folios que había escrito Honorio.

A partir de ahí, todo se deslizó como un trineo sobre una nieve acogedora. Honorio no tenía sino que dejarse llevar. Después del primer artículo publicado, que gustó mucho en la redacción del periódico –todos destacaron el agradable tono de naturalidad de las frases, convenientemente aderezado con toques líricos–, se le encargó otro, que también obtuvo el beneplácito general, luego otro y otro y, finalmente, le ofrecieron una colaboración quincenal fija.

Por una parte, Honorio se sentía satisfecho de su éxito, y acogía con cierto orgullo los comentarios que los pacientes dejaban caer en las consultas y, alguna vez –pero no con tanta frecuencia– sus amigos y conocidos en las reuniones sociales. Por otra, no lo acababa de entender porque tenía la impresión de que siempre estaba escribiendo lo mismo. Las únicas ideas que tenía –pocas y, de naturaleza tan difusa que no merecían calificarse de tales– las había volcado en el primer artículo. Luego, todo habían sido variaciones, vaivenes que, en el fondo, trataban de despistar, de dar la impresión de que cada vez se estaba diciendo una cosa distinta. ¿Cómo no se daban cuenta? Tenía que haber alguien en la misma redacción del periódico, o entre el amplio público lector, que descubriera el fraude, porque eso era, una especie de fraude. Nada grave, nada punible, pero fraude, al fin. Él no tenía ideas, carecía de imaginación, no era, tampoco, un archivo de anécdotas, solo que, Dios sabía por qué, sabía enlazar frases, y se lo pasaba bien haciéndolo, eso lo admitía, eso era lo único verdadero de todo el asunto.

Quienes nunca hacían el menor comentario sobre la faceta de articulista del doctor Honorio Saavedra eran los miembros de su familia. Su mujer, Emilia, y sus dos hijas, Luz y Clara, dos jóvenes que, a decir verdad, prácticamente vivían al margen de su vida. Si no es desdeñable la proporción de médicos que constituyen una estirpe familiar, la posibilidad de que Honorio pudiera estar incluido en ese grupo resultaba sencillamente imposible. Las dos hermanas, que se parecían como dos gotas de agua, hasta el punto de que la gente que no las conocía demasiado creía que eran gemelas, no tenían la menor inquietud científica. Estaban interesadas en el cuerpo humano, aunque de una manera muy distinta a la de su progenitor. Luz aspiraba a ser modelo, y se pasaba el día haciéndose fotos –en diferentes poses y con diferentes atuendos– que enviaba al casi ilimitado círculo de sus amistades, reales o virtuales. Clara, que tenía un gran sentido de la proporción, moldeaba, en un extraño material medio plástico medio orgánico, unas figuras de hombres y mujeres desnudos que daban la inquietante impresión de que se iban a poner a andar, brincar o bailar en cualquier momento. Cada una a su modo, eran artistas.

¿Qué podría reprocharles Honorio? En el fondo, las envidiaba. El arte estaba por encima de todo. Eso no podía ponerse en duda.

El caso de Emilia era distinto. Emilia, que era la responsable de la gracia y belleza de sus hijas –Honorio, en el aspecto físico, pasaba totalmente desapercibido, lo cual, en su propia opinión, ya era mucho–, estaba atravesando una etapa algo extraña. Probablemente, una crisis. Ahora que las hijas se habían hecho mayores –aunque no tanto como para vivir fuera de la casa familiar–, a Emilia le resultaba difícil incorporarse a las actividades profesionales que había abandonado hacía años. Se sentía desganada, no sabía bien qué hacer con tanto tiempo libre como tenía a su disposición. Aunque no era exactamente tiempo libre, porque el tiempo corre muy deprisa cuando se tiene que atender a las necesidades de la casa y de la familia, que nunca cesan. No era que no supiera qué hacer con el tiempo libre, sino con el tiempo en soledad. Porque todas esas tareas la aislaban del mundo, el que transcurría fuera de las paredes de la casa. Quizá se lo estuviera

pensando, se decía Honorio, porque a veces sorprendía a su esposa con la mirada perdida en un horizonte lejano. Quizá le estaba dando vueltas a algo, a un proyecto, quién sabe, una ocupación, quizá un negocio. Cuestión de tiempo, concluía. Como muchos médicos, Honorio era relativista. Había algo profundamente escéptico en él. En general, era partidario de dejar que las cosas, los problemas, se arreglaran solos. ¿Era sabia la naturaleza? A lo mejor, no, pero sí resolutiva. Los escollos y los obstáculos, en sus manos –y, finalmente, todo estaba en manos de la naturaleza– eran domados, y, si bien nunca desaparecían del todo, al cabo de un tiempo, dejaban de molestar y de hacer daño.

En conclusión, las tres mujeres de la casa, cada una a su manera, estaban absortas en sus propias tareas. Vagamente pensaban –en eso coincidían las tres– que los artículos que escribía el cabeza de familia suponían para él un entretenimiento, un tipo de evasión, porque los médicos necesitan evadirse, y todos ellos tienen alguna afición. Algunos navegan, otros juegan al golf, otros leen novelas policiacas, otros escriben. Comparada con otras aficiones, la de escribir artículos tenía sus ventajas: no suponía desembolso económico alguno, es más, reportaba cierto dinerillo. Calderilla, pero dinero al fin. Y, por encima de todo, Honorio no molestaba a nadie cuando se recluía en su despacho a escribir su columna. No armaba ningún alboroto. Ni siquiera lo anunciaba. Era algo que ellas deducían cuando él llevaba un buen rato encerrado en su despacho de la vivienda familiar sin dar señales de vida.

Nadie en la casa –ni su esposa, ni sus hijas ni él mismo– se daba cuenta del éxito que cosechaban los artículos del doctor Honorio Saavedra. Cuando Honorio hablaba con su viejo amigo Jaime Palacios, que, dicho sea de paso, afortunadamente no había vuelto a padecer un nuevo episodio de neuralgia facial, se asombraba sinceramente de las felicitaciones que recibía de él. Cada vez le caía mejor este Palacios. Era un hombre de mundo. Había heredado de

su padre un negocio de ferretería que marchaba viento en popa, pero, como no servía de gerente, había formado una sociedad, de la que era presidente, tarea que desempeñaba muy bien, y había delegado todo el trabajo en un gestor que mantenía a salvo el negocio, procurando buenos, aunque no espectaculares beneficios. Eso le bastaba.

Hombre de mundo y vividor, Jaime arrastró a su amigo a compartir con él algunos de los buenos ratos que, a la caída de la tarde, jalonaban su vida diaria. Concretamente, los ratos en el bar La Espiga. Entre las ocho y las nueve, se reunían, de pie, junto a la barra, Palacios, Saavedra y dos o tres señores más, todos grandes amigos de Palacios –eso parecía–, y todos de muy buen humor y capaces de trasegar vinos con calma y mucha alegría. Gente inofensiva y agradable, se decía Honorio. De vez en cuando, uno de ellos le hacía alguna consulta, y Honorio le dedicaba la mayor de las atenciones. En resumidas cuentas, el doctor Saavedra se hizo muy popular en el grupo y, cosa notable, todos eran fans de sus artículos, ¡qué prosa!, ¡qué fluidez!, ¡ay, cómo envidiaban ese don!

Honorio salía reconfortado de aquellas reuniones con sus amigos. Se tomaba un vino de más, pero ¿qué importaba?, ¡los médicos saben mejor que nadie lo importante que es el buen humor para la salud!

Las mujeres de la casa tampoco se extrañaron –ni mucho menos las censuraron– de las nuevas costumbres del cabeza de familia. En aquel momento, Emilia parecía estar saliendo de su crisis. Se había apuntado a no se sabía cuántas actividades, iba al gimnasio, participaba en un club de lectura, cosas así. Las hijas, como siempre. A lo suyo. Con sus cuerpos espléndidos y sus metas claras. Si Honorio llegaba un poco tarde y algo achispado, no iban a reprochárselo. Eran fervientes partidarias de lo lúdico. La vida no es un juego, pero si no juegas no vives.

Un anochecer de invierno, apoyados los dos en la barra del bar, Palacios le dijo a Honorio:

–Estás causando estragos entre las mujeres. Conozco a más de una que lee tus columnas con fervor. Hay una, en concreto, que te considera una especie de oráculo. Nada le gustaría más que

conocerte en persona. De hecho, me lo ha pedido expresamente. Yo no me he comprometido a nada. Ya le dije que no eres un don Juan, que no vas por ahí en busca de aventuras, que tienes una familia y que eso es lo más importante para ti.

Honorio se sintió un poco agraviado, ¿es que Jaime lo conocía tanto?, ¿a qué venía hacer una aseveración así?, ¿qué sabía Jaime de lo que era o no era importante para él?

–Tampoco es que sea un monje –replicó–. Una cosa es que no sea mujeriego, y otra, que no me gusten las mujeres. Soy un ferviente admirador del bello sexo.

–Pues la traeré un día. Pero ya te aviso, es una mujer de bandera y un espíritu libre, además. Si caes en la tentación, yo me lavo las manos.

–Tienes una imaginación calenturienta, Jaime, la vida no es un parque de atracciones, es algo mucho más aburrido. Tiene sus emociones, pero no siempre son de esa clase.

–Vale, vale, no te pongas en plan doctrinal.

Honorio no pudo olvidar las palabras de su amigo. Una mujer –¡una mujer de bandera!– quería conocerle, ¡eso nunca le había pasado! Pero hay muchas cosas que vienen a destiempo, y no todas son malas. El azar siempre tiene algo de esperanzador. La mera existencia de esa mujer le daba ánimos.

Jaime Palacios no volvió a mencionar el asunto. Quizá él hubiera reaccionado de forma algo drástica, aunque no recordaba exactamente lo que le había dicho a Palacios, ¿acaso lo había disuadido? Tampoco era cosa de preguntar, Honorio no era un hombre impaciente y, desde luego, no quería parecerlo. Menos, en asuntos de mujeres. Si había algo que le repugnara en algunos hombres que conocía y a quienes, en otros aspectos, admiraba, era el espíritu depredador que tenían ante las mujeres. Se transformaban. El mismo Palacios perdía un poco los papeles cuando se las daba de conquistador. Razón de más para no hacer ningún comentario sobre esa mujer que, según había dicho Palacios hacía más de un mes, le quería conocer. Una mujer de bandera.

Cuando, al cabo de otro largo mes, Leonor Contreras, apoyándose levemente en el brazo de Jaime Palacios, hizo su aparición en La Espiga, el doctor Honorio Saavedra se sabía íntimamente preparado para sucumbir. Leonor no era una belleza espectacular. Jaime había exagerado. Pero tenía una voz acariciadora y la forma en que lo saludó, estrechando su mano con resolución, indicaba un carácter decidido y alegre. Se desprendió de su abrigo, repentinamente acalorada, y se apoyó en el mostrador como si se encontrara exhausta y el mostrador fuera su salvación.

–¡Qué calor hace aquí! –exclamó.

Luego pidió un gintónic.

¿Qué fue lo que se inició allí, aquel día de viento en el que el invierno daba sus últimos coletazos?

Honorio también pidió un gintónic. Habitualmente, todos bebían vino, pero parecía una descortesía no seguir la pauta de Leonor.

¡La pauta de Leonor! Empezó allí y ya no hubo más remedio que seguirla. Que someterse a ella. Honorio estaba preparado, pero nunca hubiera imaginado la magnitud del trastorno mental que supondría adaptarse a las normas de su amante.

Las cosas empezaron despacio. Al primer encuentro, organizado por Jaime Palacios, siguió la primera cita. Ya sin intermediarios, los futuros amantes planearon verse de nuevo. A solas, naturalmente, y no en La Espiga, por supuesto. Honorio estuvo esperando a Leonor durante una larga hora. La primavera estaba en su esplendor. Ya habían preparado las mesas en las terrazas de los bares. Habían quedado –o eso es lo que Honorio había entendido– en una terraza, frente al parque de El Retiro. Estaba seguro de no haberse equivocado, esa era la terraza, pero ¿y la hora? Envió a Leonor un mensaje. Más tarde, la empezó a llamar cada cinco minutos. ¿Le habría pasado algo? ¿O, simplemente, se le había olvidado, le había surgido algo más interesante que hacer?

Honorio, más estupefacto que enfadado, se marchó, con el propósito, en todo caso, de no volver a llamar a Leonor.

Al día siguiente, lo llamó ella. Le dio una explicación tan prolija como confusa, que si la batería del móvil se había acabado, que si su madre estaba en el hospital, que si una amiga íntima y

desesperada por culpa de un amor no correspondido se había presentado sin avisar, ¿en el hospital?, ¿en su casa?, ¿de camino de casa al hospital? Un cúmulo de circunstancias. No, no pudo avisarle. Hasta la noche no había regresado a casa y ya era muy tarde para llamarle. No quería irrumpir en la vida familiar de nadie. Honorio era un hombre casado, de ningún modo quería ponerle en un compromiso.

Para cuando la primera cita pudo llevarse a cabo satisfactoriamente, la primavera estaba dando paso al verano.

El verano fue muy complicado. Honorio acudía directamente al piso de Leonor, pero más de una vez, uno y otra, tuvieron que anular las citas, ya que surgían inconvenientes de continuo. Si excepcionalmente era Honorio quien fallaba, el posterior fallo de Leonor no se hacía esperar. Sus excusas siempre eran como la primera, demasiado prolijas, terriblemente confusas. Muchas veces, contradictorias. Casi provocadoras, como si respondieran a un deseo de llamar la atención, de escandalizar.

¿Sería esa una de esas relaciones que se llaman tóxicas?, se preguntaba Honorio, porque estaba convencido de que Leonor actuaba así de forma premeditada. Lo manejaba a su antojo. Ejercía un evidente dominio sobre él. ¿Por qué se dejaba tratar así?, ¡nunca había sido masoquista! ¿Compensaba ese sometimiento el rato de placer que Leonor le procuraba? ¡No y mil veces no!, se decía por las mañanas, pero a media tarde le entraba la nostalgia, el deseo de aventura, de perderse, de abandonarse a sus instintos, de no pensar. Y anhelaba el nuevo mensaje de Leonor, aunque, la mayor parte de las veces, empezara ahí un rosario de esperas, demoras, excusas y aplazamientos, que le llenaban de ansiedad y rabia hacia sí mismo.

Concluido el dificultoso verano, con más aplazamientos que citas logradas, Honorio se decidió. Había que cortar con eso. Durante todo un mes, fue él quien alegó excusas. El jueves, no, el martes, tampoco, ahora estoy muy ocupado, me voy de viaje. Leonor dejó de enviarle mensajes. Asunto zanjado.

Honorio propuso a su esposa que salieran a cenar.

–¿Tú y yo solos? –preguntó Emilia, como si se tratase de una idea descabellada.

–¿Por qué no?, hace tiempo que no salimos a cenar, no tenemos por qué ir con otros.

–¿Es que hay algo que celebrar?

El tono de Emilia no resultaba alentador, pero Honorio insistió. Tenía que esforzarse, afianzar su matrimonio.

–El director del periódico me ha felicitado por mi último artículo. Me ha propuesto una colaboración semanal –anunció–. Hasta me ha dicho, medio bromeando, que debería dejar de pasar consulta y dedicarme enteramente a la divulgación. Es una bobada, pero me ha hecho ilusión. Y la consulta cada vez me cansa más. Bueno, son fantasías, nada más que eso. Es por celebrar algo. Estamos bien de salud. Quizá podamos celebrar eso.

–Me duele todo el cuerpo y estoy muy cansada. Sí, estoy bien de salud, pero los médicos no tenéis respuesta para esta clase de enfermedades. De hecho, no les dais ninguna importancia. A estas horas, ya no tengo fuerzas para nada. Sí, leí el libro que me diste, pero, mira, no remedia nada, no tengo mentalidad oriental, por mucho que lo intente. Si lo que te apetece es cenar fuera, sal tú con alguno de esos amigos que ves todos los días. Siempre dices que son muy animados. No te van a decir que no.

Lo curioso –y algo exasperante– era que Emilia parecía decirlo todo de buena fe, sin resentimiento alguno. No, no le estaba provocando, no buscaba una pelea. Todo lo contrario, era un tono que decía: haz tu vida y yo haré la mía. No nos exijamos mutuamente más de lo que podemos dar.

¿Cómo se podía reforzar el vínculo matrimonial en tales circunstancias?

A finales de otoño, Honorio llamó a Leonor y le dijo que, a pesar de haberlo intentado, no podía vivir sin ella. Leonor aceptó sus disculpas sin mostrar resentimiento alguno, pero, como había sucedido tantas otras veces, luego no acudió a la cita. Más tarde, alegó absurdas excusas, muchas e insuficientes. Finalmente, se produjo el encuentro entre los amantes. De nuevo, la entrega de Leonor le llenó a Honorio de asombro y agradecimiento y vislumbró ese amor pletórico que, en ocasiones, produce el placer. La relación

se reanudó, con las contrariedades, obstáculos y pequeños tormentos de siempre.

En casa, silencio, apatía, algo cercano a la indiferencia, ¿qué clase de vínculo era ese? Pero, en cierto modo, el hogar, la familia, era un lugar seguro. Hasta cierto punto, reinaba la paz.

Emilia dijo un día:

–Me ha gustado mucho tu último artículo. Me lo ha comentado una de mis amigas del yoga. No sabía que fueras mi marido, fíjate qué casualidad. La verdad es que el artículo está muy bien, francamente.

Las ventanas estaban abiertas, habían acabado de comer. El aire de la primavera inundaba la sala. ¿Por qué Emilia había escogido un momento así para decirle eso? Sonaba como una confesión.

–Quizá te iría bien que te apuntaras a yoga –dijo, sorprendentemente, Emilia–. Es liberador, te llena de energía positiva.

Sus miradas se encontraron en un punto del aire, se quedaron ahí, indecisas. ¡Cuántas interrogaciones en los ojos de Emilia! La primera de todas: ¿quién era él, su marido, en realidad? No tenía ni idea. Llevaba conviviendo con él veinte años, pero no lo conocía. Ahora lo miraba con intriga, ¿qué sabía, por su parte, él de ella?

Las miradas volvieron a deambular por el aire, evitándose.

Honorio sintió un deseo intenso de contarle a Emilia su aventura con Leonor, hablarle de su infidelidad, de su indecisión, de la tortura y del placer de esa relación. O bien, omitir eso. No hacía falta contarlo todo. Pero hablar de Leonor, llevarla ahí en ese momento.

Días después, Emilia cayó enferma. Fue una neumonía grave. ¡Qué de gente la llamaba por teléfono! Ella hablaba poco, pero escuchaba: los demás tenían, al parecer, mucho que decirle, ¿cómo había hecho tantos amigos?, ¿dónde? La tentación de hablarle de Leonor estaba siempre ahí. Quizá luego, cuando se recuperara un poco.

Pero Leonor salió de su vida de golpe. Se fue a vivir con un hombre de quien, según confesó, siempre había estado enamorada. Era inglés y dirigía –o algo así– una compañía discográfica. Viajaba mucho y tenía residencia fija en Londres. Leonor se despidió de Honorio con un abrazo y unas frases afectuosas que le asombraron mucho. Sentía dejarle, eso dijo, y parecía verdad.

¿Qué huella había dejado Leonor en su vida? Si no la volvía a ver, si no hablaba de ella con nadie, esa huella acabaría, probablemente, por desaparecer.

Algunas personas lo hacen, cuentan alguna historia del pasado en momentos críticos, en busca de una catarsis o de un perdón. Pero ellos no, ellos se callaron.

No solo Honorio. Emilia también calló. Se recuperó de la neumonía, pero a los dos años, se le desarrolló un cáncer maligno y murió. Durante los últimos días de su vida, dejó de hablar. Miraba calladamente a su alrededor. Esa era su habitación, esas chicas sus hijas, ese hombre su marido. Pero los ojos buscaban algo más, quizá porque los ojos, antes de cerrarse para siempre, siempre buscan algo más, no lo que han visto, no lo que han conocido, sino lo que está al otro lado o lo que no ha llegado a estar en este.

TELÉFONOS

Hablo de la época en que los teléfonos no nos pertenecían. Estaban colgados en la pared, en el pasillo, y tenían un aspecto algo inquietante. Cualquiera sabía lo que podía venir de allí. La mayor parte de las malas noticias familiares –la muerte de mi abuela materna, la del tío Pedro, recién casado...– vinieron por esa vía, tan misteriosa, tan oscura. Los teléfonos eran negros y estaban situados a la altura de las cabezas de los adultos. Eran de ellos, de los adultos.

El teléfono de mi casa, que había sido de un color negro brillante alguna vez, se había ido volviendo mate. Quizá era que no había mucha luz allí, en ese recodo del pasillo. Aparecía en algunos de mis sueños. El timbre, con su ritmo insistente, la circunferencia blanca con los números grabados en negro, la rueda en la que estaban abiertos los agujeros para que el adulto introdujera el dedo índice y la hiciera girar, el ruido que producía cuando giraba, el clic con el que finalizaba la conversación, el auricular de nuevo en su sitio, entre las horquillas, el cordón en espiral algo más enredado: todo eso conectaba con el exterior. Con los abismos del exterior. Esa parecía ser su función. La de mantener a los habitantes de la casa al tanto de catástrofes y desgracias. La de pedir socorro en caso de necesidad, un accidente, una enfermedad súbita, algo peor.

Yo creo que en nuestra casa de Zaragoza solo teníamos ese teléfono, el del pasillo. Fue años después, instalada ya la familia en Madrid, cuando, en lugar de uno, hubo dos. El del pasillo era igual al de siempre: negro y de pared, colgado a la altura de la cabeza de los adultos. Puede que al principio solo hubiera ese y que el segundo, que descansaba sobre la mesa camilla, al alcance de la mano de mi madre, y que no era negro, sino de un desvaído color

gris, se incorporara a nuestra vida algo más tarde. Pero el teléfono de mis pesadillas siempre ha sido el de la casa de Zaragoza. Como los recuerdos fluctúan, lo veo ahora en un recodo del pasillo, en una zona de la casa que me produce miedo, como si por ahí se paseara siempre una sombra con el deliberado propósito de asustarme. No voy sola por el pasillo, siempre pido a alguien que me acompañe. Si, por alguna razón, no tengo otro remedio que hacer a solas ese recorrido, voy pegada a la pared, en ciega persecución de los interruptores de la luz, apretando los botones blancos, rogando al cielo que la correspondiente bombilla no esté fundida.

No puedo entender dónde se encontraban mis padres la tarde de invierno en que sonó el teléfono repetidas veces sin que nadie se molestara en descolgar el auricular. Mis hermanas mayores estaban en el piso de mis primos, dos por debajo del nuestro. Y Modesta, que siempre estaba en casa, en su reino de la cocina y del cuarto de la plancha, ¿es que ella no oía el insistente timbre? De hecho, el teléfono quedaba cerca del cuarto de la plancha. Yo estaba en otro extremo de la casa, en el que llamábamos cuarto de jugar, más allá de la cocina. El teléfono sonó y sonó y yo no me atreví a aventurarme por el pasillo.

Al día siguiente nos enteramos de que por la noche había ocurrido una catástrofe. La destilería en la que trabajaba mi padre se incendió. El edificio se vino abajo. Las llamas se veían desde este lado del Ebro, eso dijo mi padre, que acudió enseguida al lugar de los hechos. En el colegio no se habló de otra cosa. Como se sabía que mi padre estaba ligado a la fábrica, me convertí en una persona importante. En las oraciones del día, se rogó por los afectados del accidente. Había dos heridos, además de la pérdida que suponía para todos, los trabajadores y la misma empresa. Uno de los heridos murió ese mismo día. El otro sobrevivió. Eran los guardas nocturnos. Normalmente, solo había un guarda, pero aquella noche, quién sabe por qué, eran dos.

En el colegio, no le dije a nadie que el día anterior el teléfono de mi casa había sonado durante largo rato a última hora de la tarde y que nadie había acudido a descolgarlo, como si en la casa no hubiera otra persona que yo o como si todos se hubieran vuelto

repentinamente sordos. Aquella llamada había sido una advertencia. Me sentí culpable por mí y por mi familia. Quizá uno de los guardas de la fábrica –el que había muerto– había detectado algún fallo en las máquinas y había querido decírselo a mi padre. Pero no había podido hablar con nadie. Me esforcé por reproducir aquel lapso de tiempo: cuánto rato sonó el teléfono, cuántos timbres escuché, qué hora era, qué grado de oscuridad reinaba ya en el exterior, al otro lado de las ventanas.

–Ayer sonó el teléfono y nadie contestó –les dije por la noche a mis padres.

Ellos aún no habían cenado. Nosotras, que al día siguiente teníamos colegio y debíamos madrugar, ya habíamos cenado en el cuarto de jugar, teníamos puestos el camisón y la bata y andábamos remoloneando a su alrededor, como hacíamos siempre al acabar el día.

Me miraron los dos, cada uno sentado en su butaca de pana marrón, con una copa de vino en la mano. Callados, tristes, deprimidos. Había habido una muerte, había ocurrido una catástrofe, la empresa quebraría, muchos empleados se quedarían en la calle, también mi padre, podría ser.

–Está lloviendo –dijo mi padre–. Eso es bueno, la lluvia se llevará las cenizas y limpiará el aire.

Me pregunté si me habían escuchado, si habían entendido mis palabras. Había mucha pena en sus ojos, mucha desolación. Miré sus manos, que sostenían las copas de vino. Se aferraban a ellas, no las soltaban. Todas las noches concluían así. Mis padres, uno enfrente del otro, con sus copas de vino en la mano. Envueltos en el humo de sus cigarrillos, los ceniceros pequeños de cobre sobre el brazo del sillón, cada cual el suyo. A veces, se desprendía una pequeña brasa, que iba a parar, chisporroteando, a la tapicería. El beso de despedida, el beso de las buenas noches.

Pero aquella noche todo era distinto. Un manto de pesadumbre había caído sobre todos nosotros.

Durante la noche, escuché en sueños el timbre del teléfono. Una y otra vez. Se perdía en la lejanía, en una soledad estremecedora,

abismal. Todavía lo escucho algunas noches. Ese timbre implacable, perturbador. Esa distancia insalvable. Mi miedo, mi inmovilidad.

UN PARIENTE LEJANO

No recuerdo el momento en que Jaime, mi marido, me lo presentó.

–Este es Lorenzo, un pariente lejano –dijo.

La frase se me quedó clavada en la memoria, porque no explicaba mucho las cosas. Yo no soy de preguntar. Me dicen lo que me dicen y ya está. Puede que no sea muy curiosa, pero creo, sobre todo, que es por discreción. Nunca me ha gustado que me interroguen, siempre me ha parecido una impertinencia que un desconocido me lance, sin más ni más, una batería de preguntas. Mala educación, en suma. En cuanto a los conocidos, tampoco me parece bien que quieran indagar. Más allá de lo que he dicho, no me apetece decir nada más. Las razones pueden ser muy variadas, y desde luego no tengo por qué dar cuenta de ellas.

Sin embargo, fui sabiendo algunas cosas de Lorenzo, el pariente lejano, porque Jaime, cada vez que nos cruzábamos con él, dejaba caer informaciones dispersas –sobre Lorenzo y sobre su familiaque me permitían hacerme una idea de la clase de persona que podía ser.

Durante una época, los encuentros fortuitos fueron frecuentes. Lo veíamos en el supermercado, en un bar, por la calle, hasta llegamos a encontrarnos en el hospital. Vivíamos muy cerca. Hubo otros encuentros, no tan fortuitos. Ya sabíamos que íbamos a coincidir con él. Fiestas más o menos familiares.

Estaba casado –por segunda vez– con una mujer muy guapa, una rubia de pelo largo y rizado. Con ella tenía una hija. Con la anterior, había tenido dos hijos, que también vivían con él, porque la madre –la primera mujer de Lorenzo– se había mudado a un pueblo de las Alpujarras y, tras algunas discusiones, negociaciones y acuerdos

compensatorios, había cedido a la propuesta del padre de que los niños se quedaran en Madrid, no solo para evitarles el cambio de colegio sino el mucho más radical cambio de ambiente.

Pero lo más sustancioso de todo –lo más determinante– estaba en el pasado. Había habido un litigio que había enfrentado a las respectivas familias, la de Jaime y la de Lorenzo. Creo que las abuelas eran primas hermanas y, según entendí, había otro primo hermano que se había hecho muy rico y que había muerto sin testar. La cuestión, como sucede en casos que tienen que ver con herencias y legados, es que a partir de ahí se generó un odio mortal entre ambas ramas de la familia. La de Lorenzo estaba convencida de que la de Jaime se había beneficiado de aquella herencia, lo que era, decía Jaime, rotundamente falso. Pero se trataba de un convencimiento arraigado y no había forma de hacerlo desaparecer. En opinión de Jaime, Lorenzo siempre lo había mirado con recelo, casi como a un usurpador.

¿Qué había de exageración en eso? No indagué, no me interesé por los pormenores. Ya lo dije, es mi forma de ser. Pero había algo en la mirada de Lorenzo, eso era verdad. Era educado, más o menos amable, pero a pesar de los sucesivos encuentros, no se había establecido entre nosotros una atmósfera de confianza. Sí, había algo de recelo en su mirada. Más aún, de un juicio vagamente negativo. Quizá Jaime tuviera razón. Aquel viejo litigio familiar no había sido olvidado. Hay rencores que se heredan de generación en generación.

Lorenzo era un hombre apuesto. Le gustaban las mujeres y a las mujeres les gustaba él. Con los hombres se llevaba bien porque era bebedor y contaba muy buenos chistes. Eso lo digo con poco entusiasmo, porque me horrorizan los chistes y los hombres que los cuentan, pero debo reconocer que las veces –pocas– que escuché un chiste de boca de Lorenzo, me eché a reír como una loca.

Por una de esas casualidades de la vida que algunos llaman destino, conocí a Elsa, la viuda de su hermano mayor. Todo el mundo la conocía, a decir verdad. Era una periodista famosa, entrevistaba a gente importante, políticos, artistas, profesionales destacados. El hermano de Lorenzo –no puedo recordar cómo se

llamaba, un nombre extraño, antiguo, como Nemesio o Wenceslao– había sido un articulista brillante y la viuda había heredado la admiración y la amistad que se le había tributado, en vida, a su esposo. Cuando la conocí, llevaba dos años viuda y, aunque le habían salido varios novios, ella se mantenía unida a la familia del difunto que, a su vez, la consideraba parte esencial de ella. Sus novios ocasionales eran siempre presentados a la familia, no exactamente para que les diera el visto bueno –lo que no les costaba nada–, sino para integrarlos de forma inmediata en el clan.

Lorenzo formaba parte de una familia numerosa. Nunca supe cuántos hermanos tenía y si lo supe se me olvidó y no es algo que a estas alturas me apetezca preguntar a Jaime, no vaya a ser que nos perdamos en una conversación inoportuna sobre tiempos pasados. Con la excepción del difunto, que había sido un gran mujeriego hasta que se casó y se convirtió en el marido más devoto que cabe imaginar, el resto, hombres y mujeres, se habían casado y separado y vuelto a casar por lo menos una vez. Más aún, dentro del grupo de esos matrimonios se había producido una especie de corrimiento, y de pronto te enterabas de que el que ahora era el marido de una de las mujeres había sido con anterioridad el marido de otra. Cosas así. Pero todos seguían siendo una gran familia. Hacían gala de serlo.

El caso fue que Elsa, la viuda de Wenceslao o como quiera que se hubiera llamado el famoso pensador y brillante articulista me pidió un favor. No sé cómo se había enterado de que el escritor Marcos Pomares había sido novio mío. Pecados de juventud. Elsa quería entrevistarle, lo que al parecer era extraordinariamente difícil. Ni en la editorial en la que publicaba sus exitosas novelas ni en la agencia literaria que le conseguía suculentos contratos le habían querido proporcionar su teléfono, o, al menos, su dirección de correo electrónico. Marcos Pomares se había blindado. No había forma de llegar a él.

Cuando a Elsa se le metía una idea en la cabeza, no cejaba. Para ella, sería un triunfo de primera categoría conseguir una entrevista con Marcos Pomares. Estaba segura de que, si tenía la oportunidad de hablar con él, no le resultaría imposible convencerlo. Estaba segura, en suma, de sus dotes de persuasión. Es decir, de sus

encantos. Era una mujer atractiva, desde luego, y en general se salía con la suya. Lo único que tenía que hacer yo era presentarles, buscar una excusa, citar a mi antiguo novio y a Elsa a la vez, ya fuera a las claras, ya solapadamente.

Le dije a Elsa que hacía mucho tiempo que yo no veía a Marcos Pomares y que por lo demás tampoco tenía su número de teléfono. Ni siquiera el fijo, que había estado anotado en una agenda que ya debía ser parte de la basura mundial.

–Tengo un teléfono –me dijo–. No te diré cómo lo he conseguido, pero es el suyo. Solo te pido que lo llames y le dejes un recado, porque él no responde nunca directamente. Pero a ti te devolverá la llamada. Por lo que me han dicho, has sido su gran amor. Se quedó hecho polvo cuando lo dejaste.

No había sido para tanto, me defendí. A Marcos Pomares le gustaba la exageración, se definía como romántico y trataba de comportarse de acuerdo con sus lemas.

Elsa insistió, pero yo me resistí una y otra vez. Finalmente, pareció aceptar mi negativa y, según declaró, quedamos tan amigas.

Meses después, a principios de verano, Elsa dio una fiesta. Le habían dado no sé qué premio y quería celebrarlo, me dijo por teléfono, porque solo se vive una vez. Parecía una verdad recién descubierta.

Jaime se escabulló. En cierto modo, me alegré, porque ir a una fiesta con Jaime no es ir a una fiesta. No es uno de esos tipos que hablan con cualquiera mientras consumen copas de vino y engullen canapés. Bebe poco y observa a la gente con recelo, como si los estuviera juzgando –negativamente, por supuesto– y, al cabo de un lapso de tiempo tirando a corto, se va a un bar cercano a esperarme. Aunque no me presiona para que me reúna pronto con él, yo me siento obligada a no alargar demasiado ese tiempo, porque esa es la educación que recibí. No se hace esperar a un marido sin más ni más. Un matrimonio así no da buena imagen: la mujer, bebiendo, hablando y riéndose con otros, quizá incluso coqueteando, y el marido, fuera de juego, ausente pero cerca y aparentemente permisivo. Una humillación para el marido, según los baremos que me transmitieron.

Entré en el local, que ya desde la calle se vislumbraba y parecía lleno de gente, con paso seguro. El calor se había anticipado y yo había decidido estrenar un vestido comprado en las rebajas, al final del verano anterior. Un vestido de colores claros, vaporoso, con un bonito escote. Sonreí al infinito, sin posar en nadie mi mirada, convencida de no encontrar allí muchas caras conocidas y evitar así la sensación de intrusismo que puede aparecer en tales momentos. Ya en medio del local y con una copa de vino que cogí al vuelo de una bandeja que pasó fugazmente junto a mí, vi, en el fondo del local, a Lorenzo, el pariente lejano de Jaime y, aliviada por tener a alguien con quien hablar, avancé hacia él más sonriente que nunca.

Entonces sucedió algo que me dejó paralizada. Lorenzo apartó su mirada de mí, se dio la vuelta y se esfumó. Me había evitado, ¿por qué?

Puede que yo le hubiera dado a ese gesto más importancia de la que tenía, quizá solo había sido una huida momentánea o que Lorenzo estuviera en aquel momento hablando con alguien que le interesaba mucho y no deseara ser interrumpido, pero me sentí súbitamente rechazada, desamparada, puesta en evidencia.

Poco después, felicité a Elsa, que no me hizo mucho caso, cosa que no me extrañó, ya que ella era la estrella y la anfitriona y tenía muchas personas a las que atender, y finalmente entablé conversación con una joven pareja de artistas que, como yo, andaba un poco desorientada. Volví a ver a Lorenzo, pero nunca de frente, y siempre de lejos. Estaba claro que me rehuía.

No logré reponerme del rechazo. Ya en casa, le conté a Jaime la pequeña anécdota y, para mi propio asombro, le dio aún más importancia de la que yo le había dado.

–Es por aquel favor que te pidió, lo de la entrevista con el escritor ese, el que fue novio tuyo –dijo–. No quisiste ayudar a Elsa y eso el clan no te lo perdona. Son gente así, si no haces lo que ellos quieren o no piensas como ellos se sienten ofendidos. En el fondo, son unos resentidos –se quedó repentinamente callado, pensativo–. A no ser –aventuró– que haya sucedido algo que no recuerdes, que le hayas ofendido a él directamente, o a Elsa, o a cualquier otro miembro de la familia.

Pero fuera del incidente del asunto de la entrevista a Marcos Pomares, yo no recordaba nada.

El incómodo episodio se quedó ahí, en esa parte de la memoria a la que van a parar pequeños e inexplicables incidentes que en su momento causaron cierta inquietud, sin alcanzar altas cotas, simples cosas molestas que sería tedioso, casi malsano, analizar.

No dejaba de ser curioso, me decía yo alguna vez, que últimamente no nos encontrásemos nunca con Lorenzo cuando hacía escasos años nos tropezábamos con él en todas partes. Al fin supimos que se había cambiado de casa y que ahora vivía en su barrio de Madrid de toda la vida, en Argüelles, en una calle paralela al paseo de Rosales. Nos lo dijo un conocido común, quien añadió que a Lorenzo le iba viento en popa. Trabajaba en una multinacional, era asesor de no sé qué, y se codeaba con la clase de gente que sale en las páginas de negocios de los periódicos e incluso con políticos.

Me toca ahora hablar un poco de mí. No en profundidad, claro. Pero tendré que dar unos datos si quiero avanzar en esta historia. Soy buena cocinera y tengo, además, algunas dotes de empresaria, de manera que, poco a poco, me he ido abriendo camino en el actualmente muy poblado territorio del catering. Tengo clientes fijos, instituciones, empresas y particulares. De momento, funciono mediante el boca a boca y no tengo página web, no podría atender a los clientes que en tal caso me podrían surgir. Ya estoy un poco desbordada. Nati, la mayor de mis hijas, es mi mano derecha. Le gusta la cocina aún más que a mí y en cuanto a sus dotes de organización he de decir que son mayores que las mías, aunque no se lo digo a ella para que se mantenga alerta y no cometa errores. A veces una madre debe escatimar los elogios, aunque estos tengan que llegar. Todo a su tiempo.

Nunca hubiera esperado que Nuria, la rubia de pelo largo y rizado, segunda esposa de Lorenzo, pariente lejano de Jaime, mi marido, me llamara por teléfono. Como no estaba familiarizada con su voz, no pude reconocerla, y mientras ella me explicaba el motivo de su llamada, yo trataba de dar un tono de naturalidad a mi voz que, me temía, solo era capaz de transmitir extrañeza. El episodio de la fiesta

que Elsa había dado y en la que Lorenzo me había evitado claramente aún resonaba en mi cabeza.

Lo que Nuria quería de mí estaba directamente ligado a mi actividad profesional. Nuria era miembro de una asociación de mujeres –no recuerdo el nombre– y se encargaba de organizar las actividades culturales del grupo. Estaba diseñando un ciclo de conferencias de mujeres empresarias y había pensado en mí. Me comentó que se habían considerado unos honorarios –que me parecieron razonables– y que, en todo caso, si aceptaba participar, me llamaría la persona encargada de estos asuntos para mayor concreción. Mencionó la fecha de mi intervención, la anoté, acepté y le di las gracias.

Perplejidad, eso era lo que sentía yo. A Jaime también le sorprendió aquella invitación. Curioso, eso era. A lo mejor Nuria iba por su cuenta y no se había contagiado del resentimiento de la familia ni sabía nada del incidente del rechazo de Lorenzo que yo había sufrido. O quizá, si era consciente de todo eso, pretendía suavizar nuestras relaciones.

A los dos días recibí la llamada de una tal Rosa, que se presentó como la secretaria de la asociación y me pidió mi número de cuenta bancaria para preparar el trámite del pago de los honorarios correspondientes a mi futura intervención. En aquel momento, la idea de dar una especie de conferencia sobre mi experiencia empresarial me estremecía, y me pareció que aquellos honorarios no compensaban en absoluto el desagradable trago. Le dije a Rosa que vivía en Villanueva de la Cañada, por lo que el desplazamiento suponía un problema para mí, y le pregunté si la asociación podría encargarse de eso. El tono de voz de Rosa adquirió un fuerte matiz de irritación al decirme que el coste del desplazamiento estaba incluido en los honorarios. Supongo que le dije que de acuerdo. Hay cosas que no merece la pena discutir. Se entra en terrenos que tienen algo de humillantes.

Pocos minutos después de colgar el teléfono, comprendí que la fecha que había acordado con Nuria para mi charla era sumamente problemática. Dicho en otros términos: imposible. Se trataba de un cóctel en una galería de arte al que me había comprometido un par

de meses atrás. Lo había anotado en la agenda de papel, pero se me había olvidado pasarlo a la agenda del móvil, a la que empezaba a acostumbrarme. No le podía pedir a Nati, mi hija y esencial ayudante, que me sustituyera, porque ella tenía previsto, precisamente para esas fechas, un viaje a Lisboa, donde se encontraba su novio, que también se dedicaba a la hostelería. Nunca le había encomendado a mi hija esa tarea, porque me gustaba estar presente en los actos para asegurarme de que todo se desarrollara a la perfección. Si se quiere alcanzar buena reputación en este campo, hay que esmerarse, no se puede descuidar ningún detalle. Probablemente, aunque Nati hubiera podido sustituirme, yo no se lo habría pedido.

Nada, no podría cumplir el compromiso adquirido con Nuria. Desde luego, a Rosa, la secretaria de la asociación, no pensaba llamarla. Habría que llamar a Nuria. Pero eso suponía un gran esfuerzo. No me sentía capaz.

La cosa pintaba mal. Mi repentina imposibilidad se interpretaría como una reacción de enfado por mi parte ante el hecho de que la asociación se hubiera negado a hacerse cargo de mis desplazamientos. Si finalmente llamaba a Rosa, ella se lo diría enseguida a Nuria. O puede que no. Puede que callara, con el objeto de rehuir toda responsabilidad.

En todo caso, intuía, no sé por qué, que Nuria no se creería mi excusa, y yo misma llegué a dudar de ella. Llamé a la galería de arte y lo comprobé. Sí, no me había equivocado, el compromiso era cierto.

Inmediatamente, para no perder la seguridad que acababa de obtener, llamé a Nuria y le di todo tipo de detalles sobre el cóctel que me impedía acudir a la cita que habíamos concertado, pero cuanto más hablaba yo más se replegaba ella.

–No te preocupes. A todos nos pasan esas cosas– dijo al final.

Si se lo creyó o no, no lo sé, pero sin duda estaba molesta. Tendría que idear otra actividad para rellenar el hueco que dejaba mi fallo.

A Jaime todo esto le hizo gracia. El destino había decidido que nuestra relación con Lorenzo estuviera llena de tropiezos. Pero yo

sentía cierta inquietud, como si esos tropiezos se hubieran producido a causa de mi torpeza.

Creo que habían pasado algo más de dos años de este pequeño suceso, cuando supimos que Lorenzo había sido víctima de un accidente de tráfico. Había estado a punto de morir. Marqué el número de teléfono de Nuria de forma inmediata. Se puso a llorar. Estaba en el hospital. Dijo que agradecía infinitamente mi llamada porque estaba pasando por un momento terrible y me aseguró que me tendría al tanto de la evolución de Lorenzo. Me conmovió tanto que yo misma me puse a llorar.

Luego supimos por amigos comunes que, asombrosamente, Lorenzo se estaba recuperando muy bien. Casi era un milagro. Se había reincorporado a su trabajo y había reanudado su intensa vida social con gente importante.

Algunas veces pensaba en aquella llamada telefónica en la que Nuria y yo lloramos a la vez, como si fuéramos íntimas amigas. ¿Qué había pasado allí?, ¿qué prejuicios o convenciones se habían roto?

Un día la llamé. Su voz sonaba lejana. Rápidamente me dijo que Lorenzo estaba mejor que nunca y que en ese momento ella no me podía atender porque acababan de llegar unos amigos a su casa y tenía que saludarles.

–Adiós –dijo, y colgó antes de que yo pudiera decir algo parecido.

Era una voz sin tono. Sin embargo, lo percibí. Me estaba mandando un mensaje. No quería saber nada de mí.

ESCRITORES QUE HABLAN DE SUS VIDAS

¡Ojalá fuera uno de esos escritores que hablan de sí mismos como si fuesen los personajes principales de una novela, la novela de sus vidas! No es que los envidie todo el tiempo, parten de supuestos –por no decir principios– muy diferentes de los míos, pero en ocasiones debo declarar que los envidio porque, a fuerza de hablar de sí mismos, han acabado por alcanzar cierta soltura y no producen la sensación penosa, caracterizada por el sentimentalismo y la torpeza –claramente infantiles– que se palpa en los –por fortuna, pocos– textos que han salido de mis manos tomando esa –para mí– errónea dirección.

Desde aquí reniego de esos –como digo, pocos, por fortuna– textos míos. Pero tal cosa no sirve de mucho, de manera que quiero reflexionar sobre lo que me llevó a escribirlos, siendo, como eran, tan contrarios a mis principios.

Me referiré a uno de ellos. Me hicieron una petición muy concreta: un texto que tuviera el aspecto de un fragmento de diario. Fue hace cosa de un año, quizá dos. Recibí la llamada del director de una revista literaria de cierto prestigio. Querían dedicar a los diarios, me dijo, un número de la revista.

Con respecto a las propuestas y peticiones que se nos hacen a los escritores, he de decir que, en general, las acepto. El reto, aunque suene a tópico, es causa eficiente de muchos comportamientos. Nos saca del aburrimiento, del tedio, de la monotonía, de nosotros mismos. Así son los desafíos que provienen de fuera, de asuntos y empresas que, en principio, no nos sentimos capaces de hacer y que, además, no hemos llegado a plantearnos nunca. Es la pulsión del cambio, del experimento, lo que nos empuja a aceptar el reto.

De todos modos, le comenté al director de la revista que,

precisamente, en mi currículum no figuraba ese género literario, aunque no lo dije de forma tan pomposa. El director, un tal Cholo López, que era bastante famoso en el mundillo de las letras –o de los bastidores de las letras–, me dijo, al otro lado del teléfono, que su objetivo era reunir textos de todo tipo, de escritores de diarios y de escritores que nunca habían publicado algo parecido a un diario. ¿Por qué motivo? Por ninguno en concreto. Si pretendía demostrar algo, no lo decía. Era una idea, una ocurrencia, un capricho. Mejor así, en medio de todo. Lo peor, en casos como este, es tener un objetivo, querer demostrar algo.

En honor a la verdad –a mi propio honor–, hay que decir que al editor le llevó cierto tiempo convencerme. Algo me decía que ese reto no era para mí. Le dije a Cholo López que me lo pensaría, aunque no había mucho que pensar. Hay asuntos en los que no hay que meterse. Uno lo sabe desde el principio. El hombre me volvió a llamar. Le volví a dar largas. Pero quien conozca a Cholo López, lo sabe. Es indestructible. Yo, que por entonces no lo conocía tanto, tras recibir un par de nuevas llamadas suyas, sentí algo de pena. A lo mejor le habían fallado muchos escritores. Me puse en su lugar. Tengo cierta tendencia a identificarme con las preocupaciones –cuanto más absurdas, mejor– procedentes de sujetos, en general desconocidos, que vienen a mí por los más variados caminos. Cuando me comprometí con enviarle un texto para su revista, no solo no conocía personalmente a Cholo, sino que no tenía ni idea del aspecto físico que pudiera tener. Eso siempre es una ventaja, te mantiene más lejos del impulso de juzgar. En cierto modo, no conocer amplía tu margen de libertad. Al menos, en teoría. Porque en aquel momento, lo que pasó fue que me comprometí con él. Escribí el texto que me pidió, se lo envié, acusó recibo –le había pedido que lo hiciera–, sin añadir ni el más mínimo comentario en el escueto mensaje que escribió, y, en suma, el texto salió publicado en la bastante famosa revista de Cholo.

Hay dos cosas que debo decir ahora. Una, que asistí al acto de presentación del libro, que tuvo lugar en el Casino de Madrid, sito en la calle de Alcalá, a unos pasos de la Puerta del Sol, del que, más allá de decir que es un escenario de gran magnificencia –y que cada

cual entienda esto como quiera–, no me siento capaz de añadir nada más. ¡Qué gente aquella!, digo, de todos modos, ¿qué ideales de vida o qué delirios quedaron plasmados en la profusa ornamentación de columnas, vigas, paredes, techos, salones, recovecos, escaleras, barandillas, lámparas, hierros forjados, maderas suntuosas?

Ese fue el entorno en el que conocí en persona a los otros autores del libro. En su mayor parte, solo los conocía de oídas. No voy a decir que había leído sus obras, pero, con alguna excepción, sus nombres me resultaban familiares. Eran citados con frecuencia en los suplementos literarios de los periódicos, sus libros se exhibían en los escaparates de las librerías y se encontraban siempre en las listas de los libros más vendidos o de los más valorados por los críticos. Vistos de cerca, no eran tan distintos de mí. Las mujeres, bastante guapas. Todos parecían algo tímidos y nerviosos. Nadie sabía bien por qué había ido tanta gente al acto ni qué clase de gente era esa. Como la edición del libro estaba patrocinada por una empresa importante, pudiera ser que todas esas personas vestidas de fiesta –los hombres, casi todos, llevaban corbata– que se arremolinaban en el salón fueran altos ejecutivos de la empresa, empleados de categoría, o clientes distinguidos o políticos o periodistas, quién sabe.

Y fue allí, como era de esperar, donde vi a Cholo López por primera vez. Un hombre simpático. Unos kilos de más, gafas de pasta, barba, pelo pendiente de un buen repaso del peluquero. Se había puesto corbata para la ocasión, dijo. Me cogió del brazo y me fue presentando gente, como si yo fuera el escritor estrella del libro. Supongo que lo hizo con todos. En aquel momento, me sentí sumamente agradecido y aunque desde el instante en que le había enviado mi texto había empezado a sentirme avergonzado –porque a veces uno es consciente de sus errores–, mientras Cholo me paseaba por el salón abarrotado como si yo fuera un trofeo que había que mostrar con orgullo, me sentí casi feliz, henchido de vanidad, alegremente confundido por aquel rayo de éxito que había caído sobre mi cabeza.

¡Ay, Teresa!, exclamé en mi interior, ¿era esto lo que habías esperado de mí? Porque siempre he creído que Teresa se decepcionó

de mí. Decepcioné a Teresa. Es así como hay que decirlo. No es el momento de analizar las razones del fracaso de mi matrimonio, pero sé que una parte importante de la culpa recae sobre mi condición de escritor de literatura juvenil. Una categoría inferior, según sus baremos. A estas alturas, no sé si llegó a decírmelo con tanta claridad, pero las señales de su desaprobación eran constantes y, desde luego, surtieron efecto en mí. Minaron mi ánimo.

Pensé en Teresa mientras la ancha mano de Cholo López, mi promotor, apretaba mi brazo y me empujaba levemente de aquí para allá. La gente seguía entrando en el Casino. Acababa de desprenderse de abrigos, gabardinas y paraguas. Estaba cayendo una lluvia intensa sobre Madrid. Entraban por la puerta ansiosos, como si no estuvieran seguros de poder entrar. Una vez dentro, se reponían enseguida. Dejaban atrás la tormenta, depositaban la ropa mojada en el mostrador del ropero, cogían la ficha que, a cambio, les entregaban, la guardaban no se sabía dónde, y se mezclaban, eufóricos, con el público que llenaba el salón. Como si todos se conocieran, como si fueran grandes amigos, como si ese fuera el mejor plan que hubiera podido concebirse para un hostil día de otoño como aquel. Ponerse a salvo del mal tiempo. Asistir a la presentación de un libro que trataba sobre los diarios, ese cuaderno que alguna vez todo el mundo tuvo, en el que, por la noche, se anotaba lo que se había hecho durante el día. Cualquier cosa se podía anotar, a cualquier hora. Un pensamiento, una frase escuchada al azar, una fecha, una cifra.

Algunos se habían olvidado de qué trataba aquello. No lo preguntaban. Les gustaba estar ahí en lugar de estar en sus casas o en el teatro o eludiendo incómodas peticiones de favores. ¿Diarios?, ¡qué buena idea! Yo también escribí uno, más bien, lo empecé, tenía once años, era verano, un verano largo, los días duraban eternamente, había muchas horas muertas...

No creo que ese recuerdo, si lo tienen, dure mucho tiempo. Es solo una ráfaga. Pero es probable que a algunas personas les conmueva de pronto el recuerdo de un remoto verano en el que hicieron algunas anotaciones en un diario, un cuaderno que alguien les regaló el día de su cumpleaños y que metieron, por si acaso, en

la maleta de las vacaciones. Los lentos días del verano calan en nuestras conciencias, se quedan al fondo de los recuerdos, no se ven bien, no se rememoran con detalle, pero de pronto, nos invade un olor, un sonido, un rayo de sol que ilumina el polvo que flota en el aire, y reconocemos algo, un dulce aburrimiento, el deseo de dejar constancia de ese latir del tiempo que, sobre todo lo demás, se impone súbita y calladamente en nuestras vidas. Quizá fue entonces cuando se nos pasó por la cabeza dejar constancia de eso en el diario.

Y esa era la otra cosa que quería decir: no leí, cuando recibí el libro, los textos reunidos en él. Ni el mío ni el de los otros autores. Ante la inquietante sospecha –si es que no era certidumbre– de que el mío fuera el peor de todos, opté por la ignorancia. Ese no era mi terreno. Dios sabía por qué me había comprometido a escribirlo, y allí estaba, publicado y unido a los textos de otros escritores que, algunos de ellos, al menos, sí eran especialistas en el asunto. Habituales escritores de diarios, y otros ocasionales, pero –suponía– todos ellos familiarizados con el género. Era un libro bonito. Tapa dura, ilustración –atinada– en la sobrecubierta, buena impresión, buen tamaño de letra, papel color crema de calidad. ¡Que bastara con eso!, deseé, ¡que el libro se quedara sobre la mesa baja del cuarto de estar sin que nadie lo llegara a abrir nunca, que sirviera únicamente de elemento decorativo en la casa de su poseedor. Creo, además, que, al final del acto de presentación y del cóctel que lo siguió, aquellos libros se regalaban. Eran un obsequio y, como tal, ya estaba amortizado. ¿Para qué abrirlo?, ¿para qué leerlo?

Esta clase de pensamientos me consolaron un poco. Por otra parte, nadie me conocía. Quizá a algunos mi nombre les sonara vagamente, si es que esas personas bulliciosas que competían en el entusiasmo de los saludos que se intercambiaban tenían hijos y habían echado alguna vez una ojeada a los libros que algunos de ellos leían. No sé, eso era mucho suponer.

Con buen criterio, Cholo no me había pedido que interviniera en el acto. Solo había reclamado mi presencia. El peso de la presentación del libro recaía sobre una escritora de cierta edad y, por así decirlo, cierto prestigio, que solventó el asunto con gran desenvoltura. No

era de las más guapas, pero la admiré porque todo aquello no parecía impresionarla. Hubiera querido decírselo luego, pero no la encontré. Como la mayoría de los escritores que habían participado en el libro, debió de irse enseguida. Ciertamente, poco después de que finalizaran los discursillos –antes de la escritora había hablado Cholo, y un directivo de la empresa patrocinadora había pronunciado, también, unas palabras–, ya no vislumbré a ningún escritor. ¿Qué les pasa?, ¿es que a los escritores no les gustan los cócteles?, ¿por qué se van tan deprisa?, ¿de qué huyen?, ¿del acoso de los admiradores?, ¿de la indiferencia?, ¿de la hostilidad?, ¿les ha entrado, a todos a la vez, un golpe de inspiración y corren hacia sus escritorios para concentrarse en la novela, en el diario o en lo que fuera que tengan entre manos? Para mí, el cóctel es la parte más interesante de esta clase de actos. Me encanta que me pasen bandejas con copas llenas de vino, con tacos de queso y lonchas de jamón, con canapés de salmón y de paté, con gambas rebozadas y pequeños pinchos de solomillo. No es que vaya al asalto de los camareros, pero lo cierto es que me entra una gran inquietud cuando veo que la bandeja de los pinchos no llega hasta donde yo me encuentro. Aquí se produce un fenómeno social de primera importancia: el grupo en el que te encuentras –formado por personas que o acabas de conocer o que conocías muy poco– se siente íntimamente unido en el deseo común de que la bandeja de los canapés llegue hasta allí. Algún miembro del grupo, incluso, se va a explorar el terreno y consigue que la camarera se nos acerque. ¡Qué amigos somos!, ¡qué buen humor tenemos! No hablamos de política, desde luego. Solo hacemos gracias y nos reímos.

Sí, me gustan los cócteles y me gustan los amigos esporádicos que se hacen en los cócteles. En el momento de las despedidas, llegamos a pensar que esas personas podrían ser los mejores amigos de nuestra vida. Podrían *haber sido*, porque no es fácil que los volvamos a ver. ¿Qué importa?, ¿acaso estos momentos desligados de la rutina del acontecer no tienen valor en sí mismos? Son pequeñas y evanescentes luces, fogonazos.

Pero no era del cóctel que siguió a la presentación del libro de lo que yo quería hablar ahora, sino del libro mismo. No de todo él, sino

de la parte que me corresponde. Es por ahí por donde he empezado y por donde quiero terminar, porque alguna conclusión tengo que sacar de este episodio. Sería muy fácil echarle la culpa a Cholo López. A su insistencia e incluso al dinero que me pagaron por escribirlo. De esto, por cierto, no me siento avergonzado. Yo no creo que escribir –novelas juveniles o lo que sea– sea un acto mera o fundamentalmente mercantil. Nadie me ha pedido que me dedique esto. Es algo que he podido hacer al cabo de un tiempo, después de haber trabajado en otros territorios. Pero es una decisión mía, porque hay muchos otros escritores de novelas juveniles. No soy imprescindible. A menos que lo decida yo. Establecido esto, no tengo inconveniente en decir que quiero que me paguen bien por lo que escribo. Algo razonable. En esa ocasión, la cantidad que me ofrecían por mi texto era razonable. No siempre lo es. Eso ayudó. Cholo López jugaba con esa baza. Eran textos bien pagados.

Pero ni la insistencia de Cholo ni el dinero que obtuve por el relato son una excusa a la hora de hacer examen de conciencia. No quisiera decirlo con tanta solemnidad, pero no se me ocurre mejor forma de decirlo. ¡Ay, los errores!, ¿qué hacer con ellos? Quizá no se trate ya de buscar las razones que nos llevaron a cometerlos –¿de qué sirve eso?–, a fin de cuentas, todos los errores pueden explicarse un poco. Lo que importa, desde el presente, es ver qué se hace con ese resultado, cómo integrarlo en nuestra vida y, si no se puede, deshacerse de él, como quien se desprende de un lastre.

El texto que escribí sigue ahí, dentro del libro. Lleva mi firma. Ahora, al cabo de unos años, lo he leído un par de veces. Creo que sé por qué no me gusta. No encontré la distancia ni el tono. Para hablar de uno mismo, hay que saber situarse, hay que saber ser otro, una persona objetiva. Pero yo, cuando hablo de mí mismo, me quedo vacío. Si me pongo a describir lo que hago, solo me sale una sucesión de horas y actividades, entrar en casa, salir de casa, quedar con un amigo, dar un paseo con mi perra, comer, dormir. ¿Y si anoto lo que pienso?, ¡ah, eso no! De vez en cuando, sobreviene una preocupación, un comunicado de Hacienda, una multa, algo que se ha perdido. ¿Cómo voy a anotar esas cosas? Parezco un ser mezquino. Este ser no tiene el menor interés.

¿Cómo se las arreglan para resultar interesantes los escritores que hablan de sus vidas? Tendrán su sistema, su método. O son de otra especie diferente de la mía. Hay una gran variedad dentro de la especie humana. Muchas especies dentro de la especie de escritor.

Y este es el lugar al que llego tras esta breve meditación sobre aquel texto que escribí hace años, a instancias de Cholo López, y por el que me dieron una cantidad razonable de dinero: seguiré inventando historias. Es en ellas donde me reconozco como la persona que me parece que soy.

AMORES

¡Cuántas partes tiene la vida y qué inconexas parecen cuando son contempladas desde lejos, mientras se va reduciendo la distancia que separa lo vivo de lo inerte! Morirás en breve, aun cuando esa brevedad pueda transcurrir despacio. La mente es atravesada por ráfagas de pensamientos solemnes, como sacadas de las páginas de un libro encuadernado en piel o de una obra de teatro. Ya nadie contará tu vida. Tú no estarás para escucharla. Querida Liliana: estas serán nuestras últimas palabras.

Liliana escuchaba la voz en su interior. Más bien, la veía. Un hilo de voz que se aferraba a algo. A esa Liliana que era ella, aunque, a la vez, fuera una completa desconocida.

Ya no estaba en su casa. Aquello no era un hospital. Era un cuarto amueblado con gusto y que, en cierto modo, le resultaba familiar. La ventana se encontraba a la izquierda –si es que no había perdido el sentido de la orientación–, y la izquierda seguía estando ahí, a su izquierda. Hubo un tiempo, muy lejano, en que se equivocaba siempre con eso. Llamaba derecha a la izquierda e izquierda a la derecha.

Durante unas semanas, quizá meses, Liliana no pudo saber dónde se encontraba. Sabía que aquella no era su casa. Los objetos que podía reconocer –de una forma vaga, sin que ninguno de ellos fuera capaz de evocarle un entorno preciso– se combinaban con otros, totalmente desconocidos, oía voces que no podía identificar, percibía sombras a su alrededor.

Era viuda. Esa era la gran novedad. No la única, pero, según le decía el instinto –el mismo que había guardado el sentido de la orientación–, sí la más importante. Leandro, su amado marido, había dejado de existir. De forma repentina, como si hubiera sido

fulminado por un rayo. Hay cosas que atraen a los rayos. Árboles, un poste, un tejado puntiagudo, un hombre detenido en mitad del campo. Así había sido abatido Leandro, amado a veces, nunca del todo odiado. Un rayo había caído sobre él. Leandro se había esfumado, pero el rayo no. El rayo seguía causando estragos. Quizá ella también había sido tocada por él.

A la primera persona que vio fue a su hija Julia. Su voz anunció su presencia, ¡al fin una voz que no era la suya, la que le hablaba por dentro, y que podía reconocer!

–Estás en casa, con nosotros –oyó–. Has estado muy grave, con neumonía. No hemos querido que te ingresaran en el hospital. Te trajimos a casa. Fue todo a la vez, la muerte de papá y tu enfermedad. Ya estabas enferma cuando murió, ¿te acuerdas de eso?

Liliana asintió.

–Estabas desorientada, pero dice el médico que te irás adaptando poco a poco. Tienes que reconstruir la realidad.

–Reconstruir la realidad –repitió Liliana–. Parece un juego.

–Podría verse así –dijo Julia.

–¿Dónde están los otros?

–Ahora vendrá Eloy. Los chicos están en el instituto.

–¿Cuántos años tienen?

–Yo misma me olvido a veces –dijo, sonriendo, Julia–. Marcos, dieciséis. Lucía, catorce. En plena adolescencia, así están.

–¿Tanto tiempo ha pasado? –preguntó, extrañada, Liliana.

Liliana nunca llegó a entender que sus nietos, a quienes recordaba correteando por la casa, tropezando con los muebles, tirando cosas, manchándolo todo, y llenando de vida su existencia, se hubieran transformado en aquellos jovencitos que a veces parecían excesivamente serios, ¿en qué pensaban? Eran ellos, claro, lo veía en sus facciones, en el modo en que la trataban y en las dulces emociones que sentía en su interior cada vez que los veía, pero la

vida les había transportado de golpe a lugares inexplorados en los que ella no tenía cabida. Soy la abuela, vuestra abuela, les decía, cuando ellos no podían escucharla. Y quizá entonces, cuando estaban lejos de ella, volvieran a ser los niños de siempre, llenos de ganas de jugar y de aprender.

Todo lo fue entendiendo, menos eso. Pero no estaba en sus manos solucionarlo. Era consecuencia del rayo.

Poco a poco, se fue haciendo al nuevo escenario en el que transcurría su vida. Desde allí, iba atando cabos. No necesitaba muchos, ahora ella no llevaba las riendas de nada. Sus habitaciones –eran dos, comunicadas entre sí por una puerta corredera, siempre abierta– quedaban a la derecha de la puerta de entrada, o a la izquierda, si se consideraba desde dentro del piso, lo que Liliana no hacía jamás. Quizá porque no le pertenecía, veía el piso desde fuera.

Estas eran sus ocupaciones principales: escuchar la radio, ver la televisión, mirar por la ventana hacia la calle, sentir el latido de la casa, mirar hacia el vestíbulo, al otro lado de la puerta siempre abierta, hablar con quien quisiera pasar un rato con ella, su hija, su yerno, uno de sus nietos –con el consabido semblante serio o, más bien, ensimismado–, las asistentas, que se encargaban una de la cocina y otra de la limpieza y del resto de las tareas domésticas, el cartero, cuando pasaba al vestíbulo para la firma de un recibo, el repartidor del supermercado, el del contador del agua, y quienquiera que llamara a la puerta, entrara en la casa y la saludara.

Liliana sentía cierta debilidad por Eloy, su yerno, a quien nunca había visto verdaderamente enfadado y que siempre se mostraba compasivo y conciliador. Trataba de evitar la comparación con Leandro, su difunto esposo, que sucumbía con excesiva frecuencia a violentos ataques de egoísmo. Mejor no pensar en eso. Liliana se decía que Julia no acababa de darse cuenta de la suerte que había tenido. Su juventud había sido bastante movida. Había ido de un novio a otro –a cuál peor– hasta que, finalmente, había sonado la flauta y había sobrevenido el regalo. Eloy había hecho su aparición, no se sabía cómo, porque no tenía nada que ver con el círculo de amistades en el que se movía Julia. Se habían conocido por azar. El único día en que Eloy había pisado la Facultad de Letras, a la que se

había acercado para hacer una consulta en Secretaría –se le había pasado por la cabeza matricularse y hacer la carrera por libre–, conoció a Julia, que en aquel mismo momento estaba tomando café en la abarrotada cafetería, sentada a la barra. Eloy, una vez cumplida la gestión, sintió curiosidad por explorar algo más el ambiente. La Facultad de Letras resultaba muy atractiva para los estudiantes de sexo masculino, en razón del elevado número de estudiantes del otro sexo que pululaba por ahí. La cafetería era un punto de encuentro para los jóvenes de todas las facultades. Desde la misma puerta, Eloy vislumbró un hueco en la barra. Se abrió paso entre codazos y nubes de humo, y pidió un café. Había una chica a su lado. Julia. El flechazo fue inmediato. Eloy aún lo rememoraba.

Lo de Julia era otro cantar, porque Julia siempre había sido una chica algo inestable. Dios sabe por qué, en un momento dado de sus estudios, había optado por la rama de Filología Inglesa, de manera que sus novios eran expertos en uno u otro escritor de esa lengua endiablada. El verdadero problema, se decía Liliana, era que ninguno de ellos prometía un futuro sólido. Si eran listos o no, no podría decirlo, pero estaba claro que sus vidas no estaban dirigidas a la obtención de ninguna clase de provecho material.

En la actualidad, Julia no tenía un trabajo regular, pero realizaba colaboraciones esporádicas con personas destacadas de su antiguo –o no tan antiguo– entorno. De vez en cuando, escribía un artículo, o participaba en una investigación o asistía a un seminario sobre Shakespeare, ese autor, el más famoso de todos, de nombre impronunciable. Tales actividades eran extraordinariamente importantes para Julia. Mucho más, desde luego, que las tareas de la casa, a las que dedicaba escaso tiempo. Por fortuna, se lo podía permitir. Otro motivo que tenía su hija para estar agradecida al excelente Eloy.

Todo eso lo había sabido Liliana, le había sido dado conocer en su vida anterior, y aún perduraba en su memoria, quizá por lo mucho que le había preocupado siempre Julia. No había podido identificarse con ella, lo que le había producido dolor y culpa. Le había dedicado a Julia una atención continuada, pero distante. Algo parecido al espionaje. ¡Tantos novios!, ¡tantos amigos, aún después de casada!

La vida matrimonial no lo es todo en la vida de nadie, ¿cómo no iba Liliana a saber eso? Pero había algo que Julia les ocultaba a todos.

Sin embargo, gracias a Julia, nadie la había internado en una residencia. Si no hubiera sido por Julia, ahora ella estaría languideciendo en la remota compañía de un puñado de viudas, viudos, y toda clase de hombres y mujeres a quienes ningún familiar les podía atender en sus hogares. Jugando a las cartas, quizá, o haciendo crucigramas, mirando la pantalla del televisor, buscando instintivamente la cercanía de un ser afín y, por lo que sabía, enamorándose también, o encaprichándose con la mera compañía del otro.

Liliana sabía también que Mario, su hijo predilecto –¿por qué no podía reconocerlo?, ¿quién la escuchaba?–, no se encontraba en condiciones de acogerla en su casa. Permanecía soltero y llevaba una vida irregular. De todos modos, era el favorito. No es que fuera un completo irresponsable, ganaba un buen dinero como publicista y, en cuanto tenía una nueva novia, hablaba de casarse, pero había temporadas en que no trabajaba –ya fuera porque no le hicieran oferta alguna o porque rechazara las que le hacían– y los planes de matrimonio nunca habían superado el plazo de un mes. ¿Cómo se llamaba su novia, la chica que vivía con él desde hacía ya mucho tiempo, mucho más de lo habitual? Era un nombre corto, le parecía, quizá un diminutivo. El rayo se había llevado muchas cosas por delante. Algunas muy pequeñas, insignificantes, como esta del nombre de la novia de Mario. Otras, enormes, importantísimas. Eso era seguro, pero como no las recordaba, no había razón para lamentarse.

Desde su estratégico lugar, sentada en la butaca, con la puerta abierta, de cara al vestíbulo, Liliana atisbaba fragmentos del presente. No era del todo suyo, pero estaba allí, a la vista de cuantos quisieran o pudieran contemplarlo.

El aire estaba impregnado del olor del verano. Esos eran los matices que Liliana percibía mejor, el calor, el frío, la humedad, los olores nuevos o extraños, los diferentes sonidos, las diferentes voces.

La voz de Florinda, la chica encargada de la limpieza, sonaba muy

alegre cuando abrió la puerta. Liliana vislumbró a Fidel, el portero de la finca, que se apresuró a saludarla, acercándose un poco hacia ella.

Era un hombre muy educado. ¡Pero qué pálido estaba! Liliana le pidió a Florinda que le sirviera a Fidel un vaso de agua fresca y le invitó a que tomara asiento dentro de sus dominios. Fidel aceptó. Liliana vio una sonrisa en sus labios. También en los de Florinda. Alguien, uno de los dos –fue un timbre que Liliana no pudo reconocer– dijo que la palidez de Fidel no significaba nada. Se había teñido el pelo de negro, por lo que su cara se había vuelto increíblemente blanca.

Florinda se fue. Ahora sí que era la voz de Fidel la que decía que se sentía de lo más avergonzado. Se había lavado la cabeza por lo menos diez veces, pero el pelo seguía completamente negro. Era ridículo, indigno. Estoy avergonzado, repetía.

Liliana intervino, ¿por qué no podían los hombres teñirse el pelo? El problema no era eso, decía Fidel, sino que los demás –el vecindario– pensaran que pretendía parecer más joven. Eso era lo que lo avergonzaba.

Se abrió paso la voz de Florinda.

–Siempre puedes cortarte el pelo al cero –dijo con su acento jovial.

Llevaba un vaso de agua en la mano. Se lo ofreció a Fidel. Fidel bebió un sorbo y devolvió el vaso a Florinda. Luego se levantó, se despidió y se dirigió hacia la puerta.

–Florinda, los vasos de agua se sirven en bandeja, da igual para quién sean –se oyó decir Liliana.

¡Vaya bobada!, ¿acaso ella era una de esas señoras estiradas que van repartiendo órdenes a su paso como el sacerdote derrama bendiciones? Liliana nunca había sido así. Tenía la impresión de que como ama de casa no había sido nada del otro mundo. Incluso Julia, su hija, la superaba. Julia no hacía nada con sus propias manos, pero era buena organizadora y sabía dar las indicaciones precisas a la chica de la limpieza. La cocina la dejaba en manos de la cocinera. Sin embargo, a Liliana siempre le había gustado cocinar y, en su propia opinión, lo hacía bastante bien. De ese pasado, le había

quedado el gusto de pasarse a menudo por la cocina. Se llevaba bien con Lucrecia, la cocinera. En el extraño presente que le estaba tocando vivir –un vivir que era, sobre todo, observar–, Lucrecia era la persona con quien más le gustaba estar. De todas las demás personas de la casa, con la excepción de Eloy –a quien en realidad veía muy poco–, Liliana se quedaba con ella.

Probablemente, había dicho eso de la bandeja y los vasos de agua por hablar, por oír como sonaba su voz cuando no se quedaba en su interior. Era una frase como otra cualquiera: los vasos de agua se sirven en bandeja. Quedaba bien. Y, bien pensado, tenía sentido, porque un vaso que contiene algo de beber no debe pasar de mano en mano, como sucedía en la Edad Media.

A Fidel, el portero de la finca, también lo conocía Liliana de su vida anterior. Julia llevaba muchos años viviendo en aquella casa. Era un hombre bastante apuesto. Alto, delgado, de facciones regulares. Viudo, Dios sabe desde cuándo, y especialmente solícito con las mujeres, ya fueran señoras o criadas. Con ella también era siempre muy amable. La saludaba, le preguntaba cómo se encontraba, hasta la piropeaba un poco. Si Fidel se había teñido el pelo para parecer más joven, era porque se había enamorado. Liliana se echó a reír por dentro, regocijada.

El supuesto enamoramiento de Fidel le trajo a la memoria su propio y remoto enamoramiento de Cisneros, el fiel amigo de su amado y a veces odiado Leandro, su difunto esposo. Cisneros era un tipo extraño. Su vida se repartía, a partes iguales, entre la casa materna, en la que aún vivía, y su oficina en la Imprenta Estatal. En el tiempo libre que le dejaban estas ocupaciones –vivir con su madre, anciana, viuda y siempre enferma, era una ocupación–, se reunía con su viejo amigo Leandro para jugar al ajedrez. Era un decir. Ponían el tablero sobre la mesa, se sentaban, y movían lentamente las piezas, mientras se perdían en largas especulaciones sobre el origen de la vida u otras cuestiones igualmente importantes.

¡Qué tímido era! Leandro pensaba que por eso no se había casado, no solo porque tenía que atender a su madre, sino porque nunca se había atrevido a quedarse a solas con una mujer. ¿Era, de verdad, tan tímido? Liliana pensaba que no. Algunas veces aparecía

en la casa un buen rato antes de la habitual hora de llegada de Leandro. Se sentaba junto a Liliana y la animaba a contarle cosas. ¡Qué miradas tan intensas le dedicaba! La luz de la tarde declinaba. Había que encender las lámparas, que, de todos modos, iluminaban muy débilmente la sala. Aparecía Leandro. Los hombres pasaban al despacho de Leandro. Liliana oía sus voces. Debían de encontrarse ya ante el tablero de ajedrez. Esos hombres, cada uno a su modo, la amaban. Que te amen dos hombres no significa recibir el doble de amor. Es mucho más. Si te ama un solo hombre, quién sabe, a lo mejor no te ama. De una persona, puedes dudar. De dos, ni se te ocurre.

Llegó el día en que las lámparas no se encendieron. La conversación se deslizó hacia un terreno íntimo. La pierna de Cisneros rozó el tobillo de Liliana. Transcurrieron unos instantes. Ninguno de los dos dijo nada. ¡Qué silencio tan pleno! ¡Estaba a punto de desbordarse! Liliana aún podía palparlo. Cada vez que volvía a su memoria, estaba entero, no había perdido un ápice de fuerza, de nitidez.

Cisneros se levantó abruptamente, casi de un brinco, y empezó a dar vueltas por la sala. Leandro hizo su aparición. Se lamentó del retraso. Tomó a Cisneros del brazo y se lo llevó.

Tenía que arriesgarse. Quizá fuera el amor de su vida. Quizá se quedara en una mera aventura, ¿qué mujer casada no ha tenido una aventura? Unas lo decían y otras se lo callaban, pero las mujeres de su tiempo se concedían licencias que hubieran escandalizado a sus abuelas y a sus propias madres.

Liliana se vio andando por la calle bajo un sol esplendoroso, en busca de la calle próxima a la Biblioteca Nacional en la que estaba enclavada la oficina de Cisneros en la Imprenta Estatal. Con la excepción de Leandro, los grandes amigos de Cisneros pertenecían al mundo de la Imprenta y al de la Biblioteca. Con ellos se reunía a la hora del almuerzo. Con ellos comía y bebía. Hombres como él, hombres que llevaban vidas grises y rutinarias. Algunas mujeres, también. Ese era el grupo social que Cisneros había escogido para relacionarse y que se había empeñado en mantener. Había rechazado sucesivas ofertas de ascenso, había preferido ese puesto

modesto, esa vida reglamentada y sin pretensiones. Leandro lo admiraba por eso. Porque había sido capaz de escoger una clase de vida y no le importaba lo que los demás pensaran de ello. Era un estoico. O quizá un epicúreo, porque regaba con vino las comidas y no perdonaba la copa de coñac al término de los almuerzos.

Había otra visión: Liliana detenida en la acera de enfrente a la Imprenta Estatal, haciendo acopio de valor. Finalmente, cruzó la calle, pero no llegó a entrar en el portal. Se pasó el resto de la mañana deambulando por el barrio, asomándose al interior de cuanto bar, taberna o casa de comidas hubiera por ahí. A la búsqueda, a la espera, de un encuentro casual.

Finalmente, entró en un café. Se sentó en un taburete de la barra. Esta era una visión que, sin tener nada de dramática, como las otras, le encantaba, ¡qué gusto estar allí, rodeada de personas que toman café, cerveza o vino, atendida por un camarero al otro lado de la barra! Si ahora pudiese regresar a algún sitio, regresaría a ese. Después de haber estado detenida, como en trance, ante la oficina de Cisneros, estar allí era un alivio. El hombre que estaba sentado en el taburete contiguo le ofreció un cigarrillo, que Liliana aceptó. A la salida, le compró una cajetilla de rubio americano al hombre que vendía tabaco a un lado de la puerta. Hacía años que había dejado de fumar.

Cisneros no había sido el amor de su vida. Ni siquiera había llegado a ser una aventura. Finalmente, Liliana había optado por no arriesgarse. No había dado ese primer paso que marca el inicio de la aventura. No se atrevió. El miedo a ser rechazada prevaleció sobre el deseo y la curiosidad. Liliana se quedó sin conocer esa parte de la vida, la del amor clandestino. ¿Quién podía echárselo en cara?, había demasiado miedo en el aire. No era un miedo que saliera únicamente de ella.

Cuando Mario, el hijo predilecto, fue a visitarla, Liliana recordó repentinamente el nombre de la novia. Candi. Un diminutivo, tal como había intuido. Una chica muy agradable, recordó también. Y muy activa. Sea donde fuera donde trabajaba, se pasaba el día fuera de casa y en muchas ocasiones, viajando. Candi, cuando volvía de países remotos, siempre le traía a Liliana algún recuerdo, un detalle, una cajita, una figurita de porcelana o de madera, pequeñas cosas que ella ponía sobre la cómoda y los veladores de sus cuartos. Allí estaban, dando testimonio, en su pequeñez, de la anchura del mundo, poniendo color al suyo.

No hablaban de casarse, no tenían hijos. Mario era una persona de pocas ataduras. Tenía tiempo para visitar a su madre. Se quedaba un rato a su lado y veían juntos la televisión. Mario hacía continuos comentarios sobre todo lo que veían. ¡Qué entretenido resultaba ver la televisión con él! A solas, no tenía ni la mitad de gracia.

¡Qué distintos eran Julia y Mario! Pero los dos, cada uno a su manera, estaban lejos. ¡Cuánto dolor le había causado esa distancia cuando empezó a hacerse palpable en su corazón! No era la natural distancia de la infancia, producto de un egoísmo instintivo, animal. Era una distancia conquistada lentamente y que no la tenía a ella, la madre, como punto de partida. Era la distancia que los adultos establecen entre ellos para ser adultos. Los hijos dejan de ser fundamentalmente hijos. Son adultos. Están cerca, pero están casi tan lejos como todos los demás. No puedes reprocharles nada. Tú has hecho lo mismo.

Los nietos daban constante testimonio de eso. Estaban tanteando la distancia que se establecería, poco a poco, entre ellos y el mundo. También ellos, como Mario, se sentaban a su lado algunos ratos, o hacían deberes cerca de ella, o inclinaban sus cabezas, extraordinariamente concentrados, sobre las pantallas de aquellos pequeños aparatos que estaban siempre en sus manos. Horrible. Pero Liliana les sonreía. Os va a doler el cuello, decía.

Algunas veces, oía sus risas a lo lejos y una oleada de la antigua alegría, la que pertenecía a la infancia de los nietos, la recorría. La expresión de Lucía, la pequeña, tan llena de interés por todo lo que

la rodeaba, tan confiada en las felicidades de la vida, no se había perdido del todo. A veces, el sonido de la risa aún inocente y esperanzada de Lucía llegaba, como a través de un túnel, hasta Liliana.

Los paseos del brazo de Martina eran, por encima de todo, su vínculo más fuerte con el presente.

Martina aparecía en la casa a media mañana. Recorrían juntas la calle en dirección al jardín del Museo Moreto, un lugar que muy pocos conocían y que, por lo que sabía Liliana, se había abierto al público hacía solo unos meses. El jardín, pequeño y acogedor, era la meta. Se sentaban en uno de los bancos que bordeaban la glorieta y contemplaban el agua de la fuente. A veces, hablaban. Otras, permanecían calladas.

Martina tenía una hija adolescente en plena efervescencia, una madre quejumbrosa, un novio errático, con quien compartía un largo historial de rupturas y reconciliaciones, y dos gatos. Cuando Liliana tenía ganas de hablar, solo tenía que lanzar al aire un par de preguntas. Martina, entonces, pasaba revista a cada uno de los aspectos de su vida y le pedía luego a la señora opinión o consejo sobre uno u otro asunto. El único consejo que, en general, daba Liliana era que había que mantener la calma. Mientras se escuchaba a sí misma decir, una vez más, que de ningún modo había que precipitarse, ya fuera para tomar una decisión de tipo práctico o para emitir un juicio, se extrañaba de poder declarar esos principios con tanta facilidad, como si se hubiera convertido, de cara a los demás, en una mujer sabia.

–Un día, tenemos que visitar el museo –dijo Martina–. Era una casa particular. De gente importante, banqueros, coleccionistas de arte y antigüedades, esas cosas. La colección es muy valiosa. Dice la encargada que merece la pena verlo.

¡Ay, los museos!, Liliana no los soportaba. Solo de pensar en entrar en uno, la acometía una sensación de mareo. Si Martina

quería visitarlo, ella la esperaría fuera, sentada en el banco del jardín, ¡cuánto mejor se estaba allí, al aire libre, escuchando el canto de los pájaros y el rumor de la fuente!

De regreso de uno de los paseos, Fidel se les acercó.

–Tengo una noticia que darle –dijo, exultante, dirigiéndose a Liliana–. Me he comprometido con Florinda. Soy el hombre más feliz del mundo.

–Enhorabuena, Fidel. Me alegro mucho –dijo Liliana, tras un instante de perplejidad.

Martina no hizo ningún comentario. Poco después, en el ascensor, observó:

–¡Qué caprichosos son los hombres! No piensan con la cabeza, desde luego.

La corazonada de Liliana se había hecho realidad. El hombre enamorado que, meses atrás, se había teñido el pelo, había tomado la decisión de declarar su amor. Lo extraño era que Florinda, más joven que él y mucho más alegre, le correspondiera. Misterios del amor.

En cuanto tuvo oportunidad, Liliana felicitó a Florinda.

–¡Ay, señora, no sé de qué me está hablando! –exclamó Florinda, prorrumpiendo en sollozos–. Pero sí que lo sé, claro. Fidel no lo ha entendido, todo ha sido un error, no supe explicarme bien, no quería hacerle daño, pero ¿cómo voy a casarme con él? Es un hombre triste, un viejo, le tengo aprecio, pero por nada del mundo me casaría con un hombre como él. ¡Ni aunque me ofreciera las estrellas! ¡Qué disgusto tengo, Dios mío! –dijo entre lágrimas–. Yo no sé qué ha podido pasar para que Fidel sacara esa idea.

–Baje en cuanto pueda a la portería y dígaselo –dijo Liliana–. Es mejor que lo sepa enseguida. No permita que se haga más ilusiones.

Florinda se secó las lágrimas y salió del cuarto apresuradamente.

Fidel, según relató luego Florinda, había aceptado su derrota con sorprendente tranquilidad. Se disculpó por su atrevimiento, eso lo primero, y luego por su torpeza. No le había sido concedido el don de la palabra, la verdad, siempre dejaba las frases a medias, siempre hablaba así, de pronto se quedaba en blanco, sumido en la confusión.

Según el parecer de Florinda, Fidel estaba más contrariado por sus problemas con la expresión de los sentimientos que por la ruptura del compromiso matrimonial. El hecho de que ella no quisiera casarse con él había pasado a un segundo plano.

Martina, que había sido testigo de la confidencia que Fidel, en plena euforia, ciegamente entregado al error, le había hecho a Liliana, extremó, desde entonces, su amabilidad para con él. En el mismo momento en que Liliana y ella salían del ascensor y se disponían a atravesar el vestíbulo en dirección a la calle, Fidel se les unía y las acompañaba, responsabilizándose de su seguridad en aquel trecho. Solo cuando los tres habían dado un par de pasos por la acera, se despedía, deseándoles siempre un bonito paseo.

Martina se llevó a Fidel con ella una tarde y visitaron juntos el museo. Según le relató luego a doña Liliana, Fidel mostró un gran interés por todo. Era un hombre mucho más sensible y más culto de lo que se podría pensar. Martina parecía deslumbrada por la belleza de los objetos que se mostraban en el museo, por la sofisticación de la familia que había vivido en la casa, por la sensibilidad de Fidel.

¡Qué afanes, qué sueños, qué ambiciones se mueven por el mundo y qué inconexo era todo! En el colegio, habían obligado a Liliana a rellenar muchos cuadernos con palabras en las que todas las letras estaban ligadas. Finalmente, había conseguido una nota muy alta en Caligrafía. Esa asignatura le gustaba. Tenía mucho sentido, hacía que las palabras se entendieran mejor, eran como cosas. Daba gusto escribir aquellas palabras con las letras perfectamente ligadas. Fuera de ahí, ¿qué conexión había entre las cosas?

Pero lo más desconcertante de todo había sido el amor. Aún no era capaz de saber si de verdad había amado a su difunto esposo, Leandro, que sucumbía con tanta frecuencia a los ataques de ira, que se sumergía en una fría indiferencia durante horas. De su propio amor no podía decir mucho. Y ahí estaba el amor de los otros, también desconcertante, errático, caprichoso.

Y qué pensar de quienes todavía no habían llegado a la edad del amor. ¿Sería ese el único trecho de la vida donde podía darse la felicidad? Cuando los sueños tienen más valor que la realidad.

DEL DANUBIO AL MAESTRAZGO

Como sucede con las leyendas, sobre esta que les voy a contar circulan varias versiones. Yo tuve conocimiento de ella muchos años atrás, cuando era una jovencita que escribía versos de amores imposibles y anhelos indefinidos y cultivaba una fe inquebrantable en el porvenir. Era una idea vaga, que tenía mucho que ver con la vida y sus misterios, y muy poco, o casi nada, con los éxitos que pudieran conseguirse. La misma idea del éxito no se había formado en mi cabeza. En cambio, la de misterio tenía una fuerza enorme. Era la predominante.

Todo era un misterio para mí. No se trataba de una categoría uniforme. Unos misterios eran mucho más misteriosos que otros. De hecho, había misterios que difícilmente podían calificarse de tales. Eran rarezas, extravagancias, fallos. Y estaban tan a la vista que no llegaban a perturbarme. Eran perfectamente aceptables. Los verdaderos misterios no estaban a la vista. En esos pensaba yo constantemente. El mayor de todos era si los demás serían como yo. No era capaz de definirme, pero sí sabía que yo era un ser individual, único. ¿Y los demás?, ¿tenían ellos, como yo, esa extraña e inquietante sensación, la de ser un mundo en sí, y, en cierto modo, aislado del resto?

Pasan muchos años y muchas cosas en la vida hasta que dejas de hacerte esa clase de preguntas. Es un proceso casi imperceptible. Un día descubres que esas sensaciones ya han dejado de inquietarte. Las conoces, están dentro de ti. Eres así y ya has vivido más de lo que, en siglos pasados, se consideraba la media de vida del ser humano. Estar fuera de esas remotas estadísticas produce cierto alivio. Es el momento de hacer lo que te venga en gana. De no hacer nada, si eso es lo que cuadra.

Las leyendas tratan de esta clase de asuntos. Van al fondo de las cosas. Pero lo hacen de tal modo que, cuando son verdaderamente buenas, parece que no van a ninguna parte. Por eso nos gustan a todas las edades. Pasado un tiempo, liberados de las cadenas de la inmediatez y de la impaciencia, de lo que más disfrutamos es del recorrido, de esas vueltas que parecen superfluas o inadecuadas, de esos caminos que se desvanecen antes de llegar al bosque, al lago o qué sé yo, a la cumbre de la montaña. Nos deleitamos con las distracciones, los remansos, las casetas abandonadas de los guardas forestales, la poza de agua cristalina y estremecedoramente fría, el chaparrón en medio de la tarde.

Por eso nos siguen gustando las leyendas. Sí, van al fondo de las cosas, albergan en su seno asuntos esenciales, pero sus narradores se distraen continuamente, no tienen prisa, quieren seguir hablando, seguir tirando de un hilo que no para de enredarse, de perderse, de cambiar de color y de grosor. Pero no, nunca se rompe. No se ha conocido un hilo más resistente. Deberían patentarlo.

Dónde empieza y dónde acaba el hilo, cuánto mide en realidad, eso nunca está claro. Esta leyenda, por ejemplo, vino a mí a través de otra que se sitúa a buena distancia de ella. A orillas del Danubio, el ancho y oscuro río que atraviesa el corazón de Europa. Hay ríos azules, verdes, rojos, amarillos..., pero el Danubio, cuando yo lo vi, era tan oscuro y denso como el Ebro, el primer río que conocí. También era oscuro y denso –más aún que el Ebro– el río que contemplé desde uno de los balcones del Taj Mahal. En mi trato con los ríos, el Ebro tiene un papel abarcador. Hay cosas –ríos, calles, casas, mesas, libros– que marcan. Son hilos conductores, enredados mil veces, perdidos otras tantas, siempre a punto de ser recuperados, resbaladizos, impregnados de lodo y alquitrán, inmundicias y desechos.

Allí fue donde tuve noticias de Casto el Aragonés. En una pequeña población a orillas del Danubio, en una especie de fonda. Se veía la otra orilla. Alguien dijo:

–Casto el Aragonés cruzó al otro lado. Ya no se supo más de él.

¿Casto el Aragonés?, ¿quién era?, ¿quién fue ese?

Era una tarde luminosa. Abril había traído muchas lluvias, pero el

cielo se había abierto y parecía magnánimo. ¡Qué lejana resultaba la otra orilla!

–Se metió en una barca y se fue, así, sin más, él, que no sabía navegar. A saber si llegó en realidad a la otra orilla –dijo otro–. Nadie nos trajo noticias suyas. Dicen que el mar devuelve a sus muertos, pero los ríos se los tragan.

–A Casto el Aragonés el río no se lo tragó –intervino un tercero–. Nadie podía con él. Quería volver a su tierra, por eso cruzó el río. Cuando se le metía algo en la cabeza, no había quién lo detuviera. De que llegó a su tierra, no tengo la menor duda.

–¿Qué tierra era esa? –pregunté.

–Tal como él la describía, según hemos llegado a saber a través de otros testimonios, parecía un paraíso, un lugar de suaves colinas y acogedores valles, de huertos y frutales plantados en terrazas, de grandes casas solariegas y ollas calentándose al fuego desde la mañana para ser degustadas al declinar del día. Comidas copiosas, vinos alegres, mantas tupidas. Gente sencilla, afectuosa. No hubiera debido salir de allí, decía, pero la curiosidad lo empujó hacia otros mundos. Finalmente, se convirtió en médico. Más bien, en curandero, un oficio que tenía cierto prestigio por entonces. Tiempos lejanos, en todo caso.

Le estuve dando vueltas a ese paisaje, porque me resultaba vagamente familiar. Allí, frente a las aguas oscuras del inmenso Danubio a las que la fría luz de abril arrancaba destellos de plata, vi las terrazas donde los frutales ya habían empezado a florecer. Almendros, no manzanos ni perales. La pálida flor del almendro se había abierto en los bancales. El valle, profundamente verde durante todo el invierno, se había cubierto del color de la aurora. Desde los legendarios tiempos de Ulises, los dedos rosados de la aurora habían llegado hasta allí y le habían prestado su esplendor, su dulzura, sus esperanzas y promesas.

Buscaría ese lugar paradisiaco en cuanto pudiera, me dije.

Poco a poco, hablando con unos y con otros en diferentes lugares de esa parte del mundo en la que, por extrañas razones en las que no merece la pena detenerse ahora, me encontraba, fui reuniendo datos sobre ese Casto a quien siempre llamaban de la forma más larga, Casto el Aragonés, incluyendo el apodo y sin omitir el nombre propio, como anunciando ya el futuro de leyenda que le aguardaba.

Situémonos en algún momento del siglo XVI. La España Imperial se ha aliado, eventualmente, con el Turco. Un batallón de hombres reclutados en míseras aldeas de todos los rincones de la península, pero, sobre todo, del más polvoriento interior, se dirigen hacia el corazón de Europa para defender las fronteras del Imperio. Ahí, en el batallón, está Casto. Traba cierta amistad con un tal Julio Torreno, nacido, probablemente, en la zona de Toledo. Comparten dudas, quejas, calamidades. También ríen juntos. Si pueden, echan un trago de la misma bota. Lo que es para uno es para el otro. En la barcaza que los lleva al otro lado del Danubio, van hombro con hombro. Torreno se marea y está a punto de caerse por la borda. Casto lo sostiene. Al desembarcar, prácticamente lo lleva en brazos. Nadie puede con su alma. Hace un tiempo de perros. Se avecina una tormenta. Todo el mundo ha perdido la noción del tiempo. Casto se hace cargo de Torreno, que padece de fiebres agudas e intermitentes. Para cuando el batallón llega a Orpaca, ya es verano y Torreno está totalmente recuperado. Analfabetos como son, los dos se burlan de los salvajes orcapanes, que viven al margen de la civilización, y se pavonean, como sus camaradas, de las conquistas del Imperio. Cualquiera diría que ellos son nobles –como poco, hidalgos– y que están familiarizados con las sedas, los laúdes y los pergaminos. Atrás quedan sus miserables aldeas, al otro lado del Danubio, como han quedado los fríos y las inclemencias del invierno.

Parecen felices de la vida cuando hacen noche cerca del estado de los anabaptistas, de quienes Torreno no había oído hablar en su vida. Ante su sorpresa, Casto lo sabe todo de ellos. Se pasa la noche hablando de religión, de bautismo, de personajes importantes. ¡Qué no daría por hablar con unos de aquellos sabios!, dijo varias veces, poniendo los ojos en blanco. A ese deseo de Casto, Torreno no le dio más importancia. Se quedó dormido al amanecer.

Así fue como se esfumó Casto. A la hora del desayuno, nadie le echó en falta. Todos estaban medio dormidos. Fue luego, al formarse el batallón, cuando se notó su ausencia.

Ahí se pierde su pista. [Ver nota al final del relato.]

Vuelve a aparecer muchos años después, justo en el punto en que escuché su nombre por primera vez. Por aquella zona andaba, ya convertido, antes que él, en leyenda, aquel Julio Torreno con quien había hecho tan buenas migas durante el largo y accidentado trayecto del batallón español hacia el corazón de Europa. También él, en algún momento, había desertado. Pero las razones de su deserción son parte de su propia leyenda, y es mejor dejarlas donde están. Lo que sabemos es que Casto el Aragonés vuelve a encontrarse con Torreno en ese punto, y que juntos recorren las aldeas de la zona, socorriendo a los necesitados, prestando consuelo a los tristes y ofreciendo medicinas a los enfermos. Eran curanderos. Buena gente, se decía de ellos. Vivían muy cerca el uno del otro, pero ambos mantenían a salvo su propia intimidad. Uno era de una manera y otro, de otra. A ciertas horas, los dos optaban por la soledad.

Gracias a esta segunda etapa en la amistad de los viejos compañeros de armas, sabemos algunas cosas más. Torreno había aprendido a escribir. En el refugio en que había vivido hasta el fin de sus días –para convertirse en leyenda–, se encontró un rudimentario cuaderno con algunas anotaciones. Había más de dos lenguas mezcladas, pero los estudiosos lograron descifrarlo. Ahí encontraron la descripción que Casto el Aragonés había hecho de su tierra natal como si fuera un pedazo del paraíso. Torreno también deja constancia en sus apuntes de la vida que Casto el Aragonés y él llevaron durante aquella etapa que tantas huellas dejó por toda la zona.

Es emocionante el momento en que Torreno ve cómo se va alejando de la orilla la barca de remos de su amigo. Se va para siempre.

Llegamos ya a la tercera y última etapa de la vida de Casto el Aragonés. De esta etapa, me responsabilizo un poco. Investigué. Fui de aquí para allá, escudriñé en archivos de casas solariegas, de

monasterios, de centros oficiales. No todo fueron facilidades. A veces, quienes custodian los archivos se creen dueños exclusivos de ellos y tienen celos de otras miradas. Hice lo que pude. Sin duda, aún quedan muchas cosas por descubrir. Mis fuerzas no son imbatibles. Desfallezco más de la cuenta. No tengo madera de investigadora, a saber de qué tengo madera.

Les resumo brevemente mis conclusiones: Casto el Aragonés atravesó, efectivamente, el Danubio, en una barca de remos. Un mes de mayo de hace siglos. El campo, florecido, podemos imaginarlo. Se detenía aquí y allá, dejando cierta huella de sus bondades, que distribuía con generosidad. Fue bajando casi en línea recta y llegó, tampoco se sabe en cuánto tiempo, a su querido paraíso, a los verdes valles que en primavera se teñían de rosa y exhalaban el olor dulzón de la flor de los almendros. Cualquiera puede adivinarlo: eso es el Maestrazgo, esos son los pueblos que atraviesan el sur de Teruel hasta Castellón. Mora de Rubielos, Rubielos de Mora, Iglesuela del Cid, Morella..., y, finalmente, Alcañiz. Estuve vagando por esos pueblos durante meses. Llegué a pensar en afincarme allí, ¡qué tierra más dulce!, ¡qué colores tan cálidos! Pero la vida, una vez más, me ha llevado a otra parte. Es propio de la vida, dejar atisbar el paraíso y apartarnos de él. No quiere ofrecer nada porque sí. Quiere que todo lo hagamos nosotros, cada uno de nosotros, ¡vaya manera de resolver las cosas!

En fin, lo que sé de Casto el Aragonés lo saben bien los habitantes de los hermosos pueblos del Maestrazgo: que fue un hombre bueno. Apenas ejercía de curandero. Solo daba consejos. Era gran conversador. Del Imperio y de todas sus guerras parecía haberse olvidado. Pero también de las disputas religiosas y de los postulados de los anabaptistas.

Le gustaban los ríos. Le gustaban mucho los ríos. Todas sus conversaciones solían acabar en eso, en una loa a los ríos, a las corrientes, a las aguas de todos los colores que se deslizan sobre un lecho de tierra sin saber hacia dónde se dirigen, ellas van, y nosotros las miramos desde la orilla. Algunos casi viven en ellas, navegan, se desplazan, llevan cosas de aquí para allá, pescan. Los más osados se

atreven a surcarlas. Los inquietos, los exploradores, los que huyen de algo o persiguen algo. Cosas de peso y a la vez etéreas.

En uno de los pueblos, creo que fue en Mora de Rubielos, una mujer me abrió las puertas de su casa y me invitó a pasar un rato con ella. Me sirvió un vaso de vino barato que compraba en no sé qué bodega. Nos sentamos a la sombra, en el patio. Una larga tarde de verano. Estaba al tanto de la leyenda de Casto el Aragonés. Era una enamorada de esa tierra. Ella misma había hecho la ruta –por su cuenta, conduciendo su propio coche– que había seguido el curandero, el santón. Nada más enviudar, cuando todavía era joven. Hizo la ruta en sentido inverso. Salió de Mora, atravesó el Maestrazgo, llegó a Morella, donde se quedó unos días, en una especie de éxtasis, de tránsito, ¡qué lugar tan fascinante!, pasó por Alcañiz y por Caspe y apareció en los Monegros, que siempre había querido conocer, y que le produjeron una honda emoción. En uno de aquellos pueblos, había hecho amistad con una mujer fantástica, dueña de la única fonda del lugar. ¡Qué de cosas le había contado! Le constaba que Casto había pasado allí una buena temporada.

La conversación languidecía, pero la mujer seguía hablando. Sus hijos vivían en ciudades lejanas. Nunca encontraban tiempo para ir a visitarla. A ella, ahora, le daba pereza viajar y, por lo demás, tampoco se sentía cómoda en la vivienda de sus hijos. Sentía un gran apego por su casa, por el pueblo, por el paisaje que se veía desde las ventanas. No se aburría. Solo echaba en falta poder hablar con alguien que la comprendiera, alguien con quien compartir cuatro o cinco cosas importantes.

–¡Ah, ese Casto! –exclamó con nostalgia–. Yo hubiera podido entenderme bien con él. Esa clase de hombres me ha interesado siempre, los aventureros, los desarraigados, quién sabe por qué, pero son los hombres que me han atraído. Por aquí, nada más acabar la guerra, había maquis. Yo aún no me había casado, pero ya estaba comprometida. No es por presumir, pero era muy guapa, luego te enseño unas fotos. La cosa es que en las fiestas bailé con uno de ellos. Un maqui, sí. Un hombre guapísimo, moreno, con unos ojos verdes que te atravesaban de parte a parte. Me sacó a bailar y no se me ocurrió dudarlo. Cuando la pieza finalizó, me besó la mano

y se fue. No se volvió a saber de él. Dijeron que los estaban buscando a todos, que iban a acabar con ellos. No sé qué me ha hecho ahora pensar en él.

Aún no era una anciana. Seguía siendo una mujer bella. El romanticismo aún iluminaba sus ojos. Nos despedimos al inicio de la noche. Me invitó a quedarme a cenar, pero rehusé la invitación, alegando cansancio, lo que era muy cierto. Necesitaba estar a solas, pasar a limpio mis anotaciones, ordenar mis ideas. O, simplemente, salir de la leyenda, alejarme de aquel incesante deambular de personajes y palabras errantes.

Las leyendas te atrapan, como los sueños. Están muy cerca de ese mundo inconsciente, donde todo cambia de perspectiva y el tiempo corre de otra manera, un personaje se convierte en otro sin la menor justificación, y ocurren las cosas más absurdas e inverosímiles. Pero alguna verdad hay en los sueños, sentimos. Por eso nos quedamos pensando en ellos, tratando de llegar a ese núcleo que, la mayor parte de las veces, se torna impenetrable. Ya despiertos, le damos vueltas y vueltas al sueño hasta que llegamos incluso a olvidar lo que estábamos buscando.

NOTA: En «La orilla del Danubio», uno de los relatos que fueron publicados en 1983 en la editorial Trieste bajo el título *Una enfermedad moral*, se nos presentan a estos Julio Torreno y Casto el Aragonés, ambos soldados del ejército del Imperio, en primer lugar, y más tarde, desertores. Reproduzco el párrafo al que este relato hace referencia:

> Nacía la mañana, espléndida, y una suave humedad se derramaba sobre los árboles y los campos. Los pájaros cantaban. Así empezó otra época en la vida de Torreno: la ruta a lo largo de la orilla derecha del Danubio, en la casi siempre

silenciosa compañía de Casto, el Aragonés que, aun cuando había afirmado que tenía ganas de hablar, había olvidado la costumbre de hacerlo. No perdían nunca de vista el río, dormían en playas, campos o bosques. Muchas veces miraban hacia la otra orilla. Una mañana dijo Casto:

–¿Sabes en lo que estoy pensando?

Torreno asintió.

–Estoy pensando en atravesar el río –siguió el Aragonés, sin volverse hacia Torreno.

Nadie dijo nada durante un rato.

–¿Qué harás tú? –preguntó Casto al fin.

–Yo me quedo –dijo Torreno–. Un río como este solo puede atravesarse una vez.

Casto no insistió. Un amanecer, se despidieron, sin ceremonias. Torreno se sentó en la arena y vio como el barco de Casto se alejaba.

SOLEDAD PUÉRTOLAS,
Una enfermedad moral, Madrid, Trieste, 1983

ANNEMASSE

Estimada Sra. doña Clotilde Roch:

Me dirijo a usted, desde esta humilde localidad de Villanueva de Sijena, con el objeto de hacerle llegar la emoción que me produce la obra de arte que su antepasada, puede que su bisabuela, no sé, no soy buena para esta clase de cálculos, realizó al inmortalizar en bronce la figura del gran hombre que fue Miguel Servet, por quien mi padre sentía auténtica veneración. Más tarde le daré algunos datos sobre esta villa que, siendo humilde, no lo es tanto, para que se haga una idea de dónde proviene este mensaje inesperado. Baste decir por ahora que pertenece a la provincia de Huesca, que está situada en la zona nordeste de España.

Vi la estatua hace dos inviernos, en Zaragoza, ante la fachada del Hospital Miguel Servet, y me quedé, yo misma, petrificada. Convertida en estatua yo misma, aunque no de bronce, sino de carne y hueso, de perecederos carne y hueso, pero de pronto rígidos, como si se hubieran solidificado. ¡Así que ese hombre atribulado y desharrapado, que conmueve nuestro corazón con el gesto de desconsuelo y desesperanza que lo atraviesa, es nada más ni nada menos que Miguel Servet, que tanto hizo por la humanidad!

Mi padre me relató más de una vez su cruel final. Conozco la historia y sé que el gran hombre murió en la hoguera en Ginebra en 1553. Sí, algunas fechas de la historia, de esta y de todas, se han quedado en mi cabeza, aunque a veces se revuelven y confunden y no sé cuál va delante y cuál va detrás. Sé, en todo caso, que esa fecha, 1553, está lejos. Y que la ciudad de Ginebra, para mí, también está lejos. Todas las ciudades han ido quedando lejos. He conocido muchas, y en su momento siempre me parecieron interesantes y distintas unas de otras, pero ahora, desde el refugio

que, ante mi propio asombro, he encontrado en el lugar donde nací, ya han perdido toda importancia. No es que viva totalmente aislada del mundo, decir eso sería una falsedad. En cierto modo, estoy muy integrada en la vida de la villa. Intercambio saludos, y en ocasiones establezco un breve diálogo con muchas de las personas con quienes me cruzo por la calle. Hablo con los dependientes de las tiendas, con la farmacéutica, con la peluquera, a quien acudo una vez al mes, incluso me trato con el cura, aunque yo no vaya a misa, eso a él no parece preocuparle demasiado, tiene muchas otras cosas en la cabeza, muchas inquietudes sociales, ¿quién no las tiene? Inquietudes, inquietudes e inquietudes, eso es la vida.

¿Pero por qué esta necesidad mía de expresarle la emoción que me produjo la escultura que realizó su bisabuela, si es que lo es, para representar a este héroe de mi pueblo y de mi patria? A él, a este hombre excepcional, se debe, por cierto, que este municipio fuera distinguido con el título de villa. Nada de pueblo, villa. El caso es que tengo la necesidad de expresar por escrito mi admiración y, como existe eso que se llama internet, que en el fondo me parece un disparate y un peligro, pero que nos presta algunos servicios muy concretos, resulta que, con mis escasas habilidades para manejarme en este descomunal medio de comunicación, he dado con usted, que ostenta el mismo nombre y el mismo apellido que la escultora. Clotilde Roch ¿es un nombre corriente? A mí me ha parecido que no, y por eso me he decidido a escribirle. Mi nieto Gonzalo, que sabe de todo esto mucho más que yo, se encargará, algo así me ha dicho, de subir o de colgar la carta en la nube. Se trata de una nube que no podemos ver, eso a mí me inquieta. ¿Qué seguridad tengo de que usted, mi querida Clotilde, llegue a leerla? Ninguna. Incertidumbre, también eso es la vida.

Lo que me asombra es que se escogiera la escultura de su bisabuela para ponerla ahí, delante del hospital. Porque según sé, hay otras representaciones de Miguel Servet. ¿A quién se le pudo ocurrir escoger precisamente esta, que transmite un sentimiento de dolor y de desesperanza? Sin embargo, en el fondo me parece que es sumamente apropiada. Si hubiera sido yo la responsable de la elección de la estatua, hubiera escogido esta. No solo porque al

hospital acudimos, muchas veces, con dolor y desesperanza, sino porque creo que este es el Miguel Servet que no podemos olvidar, el que tenemos que tener siempre presente. El hombre que ha sido hecho prisionero y está a la espera de que se cumpla su sentencia de muerte. De ser quemado en la hoguera.

No me gusta sufrir, no me complazco en el dolor. Probablemente yo, en esas circunstancias, hubiera abjurado de mis principios. No son, en todo caso, tan sólidos como los suyos. Principios, tengo, pero no voy por ahí pregonándolos. Este gran hombre era un polemista, tenía necesidad de serlo. Puede, también, que la época lo propiciara. Aunque no puedo presumir de erudita, alguna idea tengo sobre los debates y las herejías que se dieron en el seno de la religión en la Europa del siglo XVI, que es el siglo del que estamos hablando. Sectas, tendencias, inquisiciones, de todo hubo. La figura decisiva, Calvino. ¡Ya estamos en Ginebra! Hasta allí le llevaron a Miguel Servet sus inquietudes religiosas y científicas. Y eso le debemos, según me enseñó mi padre. La inquietud, la dichosa inquietud. De ahí provienen sus hallazgos científicos, sus aportaciones a la teoría de la circulación de la sangre, en la que, creo recordar, destacó la función que en ella tenían los pulmones. Algo así. Finalmente, para mi padre y para todos los librepensadores que en el mundo han sido, Miguel Servet fue un pionero, un firme defensor de la libertad de conciencia, signifique esto lo que signifique. Yo estoy de acuerdo con él. Admiro su firmeza, su entereza y su pasión, aunque no puedo por menos que compararlas con mis debilidades. Pero sé que hay destinos superiores, y acepto las partes más miserables de mi vida porque también ellas me han hecho como soy, y de mí ya no puedo renegar.

Señorita Clotilde Roch, no es mi intención abrumarla con mis penalidades, pero quizá sea pertinente mencionarlas, sin profundizar, para explicar el porqué de la emoción que me embargó al contemplar la estatua, allí, a las puertas del hospital, en Zaragoza, de quien fue el ídolo de mi padre y que yo, a imitación suya, también he convertido en mi ídolo personal. Para eso sirve el arte, señorita. Yo ya lo sabía, porque todo lo que se refiere a la imaginación, a la fantasía y a la creación me ha interesado bastante

más que lo científico, lo matemático y lo técnico. Como quizá ya haya adivinado, si es que aún no se lo he dicho, mi padre fue médico. Habiéndose quedado viudo a los pocos años de contraer matrimonio, se replegó en sí mismo, si bien eso no le impidió entregarse a sus pacientes y a sus estudios. De la crianza y educación de sus hijas –tres éramos y tres, creo, seguimos siendo– se encargó una prima suya, una mujer de pocas luces, pero no malintencionada, que hizo lo que pudo por nosotras. Poco. Las tres salimos atolondradas, a la deriva. Puede que la libertad de conciencia, tan celebrada por mi padre, haya tenido algo que ver en esto. Estaba en el aire y cada una de nosotras, a su modo, la hizo suya. Tres cabras locas, eso hemos sido. La edad, como es natural, nos ha calmado, pero no nos ha llegado a domar, creo yo.

Ninguna llegamos a cursar estudios universitarios, no porque nuestro padre nos lo impidiera, que yo creo que nos habría apoyado, sino porque emprendimos, las tres, muy pronto el vuelo. No estábamos para estudios. Solo queríamos irnos del pueblo, conocer mundo, entregarnos al amor. El amor fue el detonante, luego vinieron decepciones y penas, muchas lágrimas y algunas penurias, pero supongo que, a la larga, también fue el amor lo que nos dio motivos para seguir. Estrella, la mayor, fue la primera. Se lo dijo claramente a nuestro padre, se iba porque se había enamorado y no se podía casar. El hombre a quien hubiera entregado su corazón se había casado con otra mujer. Le dolía tanto verlo diariamente, tan cerca, sabiendo que jamás podría vivir con él, que se marchó a Madrid, con otra de las numerosas primas de mi padre. Por ese lado, el paterno, somos mucha familia. Si no lo he dicho antes, lo digo ahora. Son, además, gente generosa, que te acoge en su casa sin hacerte preguntas inoportunas. Por la parte de mi madre, no hay nada de eso. Son pocos y de trato difícil, ni siquiera me acuerdo de sus nombres. Sigo con Estrella: a partir de ahí, su vida no dejó de dar vueltas. Fue peluquera, panadera, florista, manicura, bailarina, chica de compañía de altos vuelos, creo. Al final, se casó con un viudo rico, que murió enseguida, y heredó lo bastante para vivir sin ahogos. Después de Estrella, fue Constanza quien abandonó el nido, pero por razones de amor casi opuestas. Constanza se fugó con un

pariente. Pariente de mi padre, por supuesto, ahí había mucho donde elegir. Lo llevaba anunciando un tiempo hasta que lo hizo, de modo que no nos cogió por sorpresa. Nuestro padre montó en cólera. El pariente era un calavera redomado. A los dos meses, Constanza regresó a casa y, pasados otros dos, más o menos, se metió monja. Salió del claustro al cabo de un año y se unió a no sé qué misioneras seglares que estaban abriendo colegios en África. Constanza pasó muchos años en continentes lejanos, fundando colegios y supervisando las cuentas, porque se le daban muy bien los números. Ya tenía más de sesenta años cuando rompió los votos de castidad y se casó con el cura de una de las misiones. Ahora viven en Filipinas. Creo que vive. Hace tiempo que no tengo noticias de ella.

Falto yo. Dios sabe por qué me he puesto a hablar de mis hermanas. Así son las cartas. Cuando se empieza a escribir, las ideas sobrevienen y se entrecruzan y de pronto no sabes qué era lo que te proponías decir. Supongo que quería transmitirle una idea de mi familia y de lo que soy dentro de ella. Yo, ni me enamoré de un hombre casado ni de un pariente calavera. Tenía mi edad, vivía cerca de casa. Patricio. Guapo, hasta decir basta. Listo, además. Ingenioso, seductor. Me quedé embarazada de él. Estaba dispuesta a todo, a seguirle hasta el fin del mundo. Pero su vida se truncó. Lo atropelló una motocicleta una noche de verano. Estaba muerto, pero parecía vivo. Tardó mucho tiempo en morirse para mí. Lo veía por todas partes, lo abrazaba, me entregaba a él. Perdí la vida que llevaba en mi seno. No lo lamenté. Yo estaba mejor entre los muertos. Se me nublan un poco los ojos cuando pienso en aquella época. Me fui del pueblo y me perdí de vista a mí misma. La memoria no me alcanza para rememorar aquellos años. Cuando acabaron, seguí vagando por el mundo, pero ya tenía dentro de mí la idea del regreso. No quiero seguir hablando de mis desgarros ni de mis desvaríos. La sangre no me interesa. Solo quiero estar en el aire, respirarlo, ser atravesada por él. Es curioso, porque nuestro gran hombre sostenía, creo recordar, que el alma, el sello divino, estaba en la sangre. Pero eran los pulmones los que la purificaban, eso se me quedó grabado. El alma necesita respirar. No lo dijo así

Miguel Servet, no sé cómo lo dijo. No he leído concienzudamente sus escritos. Solo un poco por encima. Pero me gusta la idea del aire y me gusta pensar que no es del todo mi idea, sino suya. A fin de cuentas, herencia de mi padre.

Vuelvo a ellos, a Miguel Servet y a mi padre. ¡Cuántas horas pasó mi padre embebido en las obras de Servet! De las tres hermanas, déjeme decirlo, yo era la que más le escuchaba. Antes de que las tres desapareciéramos de casa, en la época en que, mal que bien, éramos una familia, yo pasaba muchas tardes de domingo junto a él. Estrella y Constanza tenían sus propios planes, pero a mí me gustaba ir al despacho de mi padre y sentarme en un rincón a leer, que sé yo, tebeos, cosas de niñas. Me hacía sentirme importante, ¡qué lugar tan agradable era aquel! Creo que es, finalmente, al lugar al que he querido regresar. Un lugar de calma y meditación, un lugar apartado pero habitado por mil pensamientos, por otras vidas.

De vez en cuando, mi padre levantaba los ojos del escritorio, y, un poco asombrado de verme allí, me decía algo, me hablaba de lo que estaba leyendo. Es así como se me quedó grabado en la mente el asunto de la sangre y del aire. Y otras cosas que a él le interesaban más y a mí menos. La Santísima Trinidad, por ejemplo. Eso suscitaba en él auténtica pasión, Dios sabe por qué. Nada de Trinidad, clamaba. Hija mía, a la imaginación hay que ponerle un tope. Los misterios son necesarios, hay que contar con ellos, pero, ¡con los disparates, no! La Trinidad no tiene el menor sentido. ¿Qué falta nos hace la Trinidad? Nuestro paisano lo razona perfectamente, ¡ah!, pero allí estaba precisamente el peligro, la capacidad de razonar, la libertad para hacerlo. De eso se trataba, hija mía. De creer, sin más. Si todos nos ponemos a discutir, a decir «esto no es así sino asá», ¿a dónde vamos a parar? ¡Es mucho más sencillo arrojar a los discutidores a la hoguera! Llamarlos herejes, condenarlos.

Por todo esto tenemos que pasar, decía mi padre con frecuencia. Lo decía con calma, con serenidad. Por todo esto pasaron algunas personas, y nosotros, con ellas. Lo decía mi padre y yo lo digo también. No quisiera que sonara a fatalismo. Es la condición humana, nada más. Son luchas de poder. Fanatismos.

Hay dos cosas en las que quiero insistir ahora. Antes lo dije un

poco de pasada. La primera y principal es la calidad artística de la obra de su bisabuela, si es que es su bisabuela, y el interés que siento hacia su persona, de la que nada sé. La segunda, bastante principal también, es una pregunta: ¿Por qué se escogió esta escultura de Miguel Servet, tan triste, tan atribulada, para dar la bienvenida a los pacientes y médicos del Hospital de Zaragoza, y no otra que lo representara más serio y convencional, más neutro?

Me gustaría ir por partes para no perderme, pero todo está muy enredado. Como las cuestiones que acabo de exponer me inquietaban mucho, le pedí ayuda, como de costumbre, a mi nieto Gonzalo, que me ha ido enviando información sobre la escultura de Miguel Servet. Trataré de resumirla, lo que no es fácil. Porque Gonzalo es eficaz, pero, me parece a mí, no tiene capacidad de síntesis. Y yo tampoco sé si la tengo. A ello voy.

El asunto arranca en la ciudad de Ginebra, en 1902, en el Congreso Internacional de Librepensadores. En él se decide «que en reparación del martirio de la hoguera hecho sufrir al inmortal Miguel Servet por el fanático Calvino, se erija un monumento con la estatua del ilustre mártir, en Champel, en el mismo sitio en que fue quemado vivo». La propuesta fue hecha por un tal Pompeyo Gener. El ayuntamiento calvinista de Ginebra, en lugar de secundar esta propuesta, erigió, en otro lugar, un contramonumento, en el que Calvino quedaba exculpado de sus actos y era presentado como víctima de los errores del siglo. En 1908, un grupo de ginebrinos disidentes del calvinismo oficial rinden homenaje a Miguel Servet con una estatua que encargaron a Clotilde Roch y que sitúan en territorio francés, en la ciudad de Annemasse, a ocho kilómetros del centro de Ginebra y a seis de la colina de Champel, donde Miguel Servet fue condenado a morir en la hoguera.

Lo que sabemos de Clotilde Roch es muy poco. Mi nieto Gonzalo ha dado, transitando de aquí para allá en la misteriosa red donde habitan los datos de cierta parte de la existencia humana –dudo que estén todos–, con un retrato fotográfico de la escritora firmado por Antoine de Lalancy, quien gozaba de gran reputación como retratista y que tenía su estudio en Ginebra. El retrato está fechado de forma ambigua: entre 1910 y 1920. En él vemos a la dama, casi de perfil,

con la mirada hacia abajo, prendida en una maqueta de unos treinta centímetros de la estatua que, por esas fechas, ya se podía contemplar en la villa de Annemasse. Las manos de la escultora se posan, acariciadoras, sobre la imagen. Esto es lo que nos muestra el retrato: una dama que lleva el pelo, oscuro, recogido y adornado con un lazo, blusa blanca de innumerables pliegues, cuello alto y manga larga, y que parece presa de la melancolía. La figura de Miguel Servet, entre sus manos, esa figura dolorida que a mí tanto me conmueve, es su obra, y la escultora, que no puede evitar que sus pensamientos se impregnen, al mirarla, de una honda tristeza, se siente orgullosa de ella.

En el momento del retrato, ¿qué años tendría la artista? Nació en 1861. Murió en 1923. Cuando la escultura se inaugura, en 1908, tiene cuarenta y siete años. Pongamos que cuando Antoine de Lalancy la retrató, Clotilde Roch tenía cincuenta años. De ahí en adelante. Tras haber esculpido el monumento a Miguel Servet, la ley del silencio cayó sobre ella. Se sabe que pertenecía a una influyente familia protestante ginebrina, que fue discípula de Rodin y que otra de sus obras, *La Dernière Bouchée de pain*, se encuentra en el Palacio Federal de Berna. Gonzalo, con todas sus habilidades, no ha podido averiguar nada más. Aunque sigue buscando, señorita Clotilde, y el que yo ahora le esté escribiendo esta carta, también responde, en cierto modo, al curso de sus pesquisas.

El caso es que, si de su antepasada ya no hemos logrado saber nada más, de la estatua de Miguel Servet, sí. El monumento erigido en 1908 en Annemasse provocó una viva polémica, en la que ahora no voy a meterme, porque no me siento capacitada para desentrañar los enigmas de las luchas que se dieron en la época en el seno del protestantismo. Sí me atrevo a afirmar que el símbolo de Miguel Servet como apóstol de la libertad de pensamiento no hizo, durante ese tiempo, sino afianzarse.

Damos un salto temporal. Es el 13 de septiembre de 1941. La escultura de Clotilde Roch erigida en 1908 es destruida por órdenes del gobierno de Vichy. ¿Por qué razón?, ¿el monumento producía incomodidad a los amigos de los alemanes?, ¿fundieron el bronce de la estatua para fabricar cañones?

Otro salto temporal. 1960. Parque Montessuit de Annemasse. Se erige una nueva estatua, casi idéntica a la creada por Clotilde Roch. La réplica es de un tamaño levemente menor.

Y este es el colofón. Zaragoza, 2004. El Gobierno de Aragón encarga al historiador Manuel García Guatas que busque un modelo para realizar un monumento a Miguel Servet con el fin de colocarlo ante la fachada del Hospital Universitario Miguel Servet, de Zaragoza. El historiador, que está interesado en la escultura de Clotilde Roch, da con una fotografía publicada en la *Guía oficial de Zaragoza de 1922* en la que, en una vista interior del Museo de Zaragoza, aparece el molde en escayola de la estatua esculpida por la artista suiza.

Una sucesión de hechos, *mademoiselle.* Casualidades y causalidades.

¿Qué me ha llevado a contarle todo esto? Son cosas que me ha ido diciendo mi nieto Gonzalo, después de que le expresara la conmoción que experimenté cuando mis ojos se posaron en la estatua de Miguel Servet, antes de entrar en el Hospital de Zaragoza. Las razones del porqué yo me encontraba allí, se las ahorro. Lo cierto es que me entró una gran curiosidad sobre la autora de la estatua, que me presentaba una imagen tan distinta de la que me habían transmitido otras. Sin ir más lejos, la que está en Villanueva de Sijena, mi pueblo natal y, sobre todo, el pueblo natal de Miguel Servet. Un hombre ilustre, vestido a la moda masculina de la época. Una estatua como otra cualquiera.

De mi pueblo, ya le he avanzado algo. En primer lugar que, desde 1931, no es pueblo sino villa. Ya lo dije, fue en honor de nuestro insigne vecino. La villa pertenece a la comarca de los Monegros. Tiene muy pocos habitantes, no llegamos a 400. Circulan muchas historias por aquí. La guerra civil dejó huellas profundas en esta tierra arcillosa y polvorienta. La sierra de Alcubierre fue escenario de continuas batallas. Si es usted lectora de novelas, quizá le resulte conocido el nombre de George Orwell, el escritor británico. Fue uno de los numerosos extranjeros que se alistaron para combatir a los sublevados y hacer, al mismo tiempo, sus propias guerras. Ahora existe una Ruta Orwell, y han sido recreados, tal como estaban en

aquellos años, los sacos terreros, los puestos de ametralladora y otros reductos bélicos. Yo no he hecho esta ruta, así que poco más puedo decirle de ella.

Otra historia es la del incendio del monasterio de Sijena, a finales de julio de 1936. Sobre esto se ha escrito mucho. Hubo un cruce de acusaciones entre los milicianos provenientes de Cataluña que llevaron a cabo el destrozo y quienes rescataron las valiosas pinturas murales de la sala capitular del monasterio. Los altos cargos de la Generalitat señalaron a la chusma charnega y a los anarquistas, en su mayor parte inmigrantes procedentes de Murcia y Almería, como culpables de los incendios y saqueos. Un famoso dirigente anarquista, Buenaventura Durruti –no creo probable que usted haya oído hablar de él, pero quién sabe–, quedó horrorizado al ver las ruinas en que había quedado el monasterio y alertó del peligro de que fueran fotografiadas y utilizadas en contra de los milicianos. En todo caso, los bienes del monasterio, que la Generalitat llevó a Cataluña en 1936, no fueron devueltos a Sijena hasta fechas muy recientes. Según me han dicho, este proceso aún no ha terminado.

Sí, hay muchas historias por aquí. Desde hace unos años, existe, además, un Centro de Interpretación –no entiendo qué se quiere dar a entender con esta palabra– en la casa familiar de los Servet, que ha sido restaurada y que es también la sede del Instituto de Estudios Sijenenses Miguel Servet. No tengo relación con ellos. En parte, porque ya soy muy mayor, y en parte, porque, aunque sociable, soy una persona solitaria. Pero, si en algún momento usted se decidiera a venir por aquí, con mucho gusto le mostraría mis rincones favoritos. Si esta carta es la primera de otras, prometo enviarle fotografías de algunos lugares que me parecen muy hermosos, no solo el monasterio o la Cartuja, sino el mismo paisaje. En esta aridez, en estos tonos ocres, en el sol que nos ciega en verano y el viento que nos azota más allá de los inviernos, me reconozco.

¿Qué vida llevo yo en este pueblo y por qué, al cabo de los años, he regresado a él? No creo que este regreso al lugar donde vi la luz por primera vez constituya una especie de culminación de mi vida. He vuelto porque me gusta la soledad, y porque heredé la casa de mi padre, que es grande, fresca en verano y abrigada en invierno.

Cuenta con un huerto, si nos atrevemos a llamarlo huerto, y un jardín interior, que tampoco tiene mucho de jardín. Está provista de dos patios, una fuente y un pozo. Una buena casa de pueblo. Noble, pero sencilla. No ostenta escudo en su fachada. Crecí aquí, junto a mis hermanas. Mi padre tenía la consulta en el ala izquierda. Los que murieron, ya están muy lejos. De algunos de los que aún permanecen con vida, no sé bien dónde están ni la vida que llevan. Mantengo contacto, sobre todo, con mi nieto Gonzalo, que siempre me secunda en las preguntas que me hago sobre uno u otro aspecto del mundo. De los demás, de mis propios hijos, tiempo habrá más adelante para hablar, si así lo quiere el destino.

Los días pasan y yo me entretengo con los quehaceres que requieren. Ni me aburro ni me dejo de aburrir. De vez en cuando, me entra una inquietud. Una inquietud tremenda. Y me pongo a hacer cosas absurdas, con tal de no morir.

Ya termino, *mademoiselle* Clotilde. Dice Gonzalo que esta carta puede ser importante, que quizá al fin, si usted la recibe y se encuentra en condiciones de ayudarnos, obtengamos más datos de la vida de la gran escultora suiza que realizó, hace más de un siglo, la estatua de Miguel Servet que logró conmoverme hace dos inviernos cuando, muerta de frío y de incertidumbre, mis ojos la encontraron, antes de entrar en el Hospital de Zaragoza. De golpe, nada ni nadie me importó mucho. Fue como si saliera de mí misma. La desolación de ese hombre insigne me atravesó como si fuera la mía. Y me dije que no, que en la hoguera no debe morir nadie. Nadie muere en la hoguera.

Eso es algo que no podemos dejar de decir para que se escuche en todos los rincones del planeta. Eso me dijo, a la puerta del Hospital de Zaragoza, un día muy oscuro, la estatua creada por Clotilde Roch, sea o no sea su bisabuela.

Merci, mademoiselle.

UN DÍA DE PLAYA

Pasé parte del verano con mi hermana Rocío, su marido, Juan, y sus dos hijos, Daniel, de cuatro años y Rosalía, de dos. Tras siete años de matrimonio –cifra fatídica, dicen–, yo acababa de poner fin al mío. No había sido una decisión difícil y lo cierto era que tampoco me había encontrado con demasiada oposición, pero, por encima del alivio, sentía una especie de vacío, de desconcierto.

Cuando Rocío me propuso que pasara unos días con ellos, no me lo pensé demasiado. Solo quería distraerme, dejar pasar el tiempo. Aún no estaba en condiciones de hacer planes, aún tenía que cargarme de nuevas ilusiones.

Juan era gallego y mi hermana, que no lo era, se había convertido en una abanderada de los indiscutibles valores y bondades de la tierra y las rías gallegas. Pasaban los veranos en una casa, propiedad de la madre de Juan, que, en tiempo de vacaciones, se ponía a disposición de todos los hermanos. Solo la utilizaban dos, los que tenían familia. Habían decidido establecer turnos para poder disfrutar enteramente de ella y evitar, al mismo tiempo, posibles problemas de convivencia.

Era una casita a las afueras del pueblo con un pequeño jardín delantero y un terreno en la parte de atrás, que antes había sido huerta. Aún quedaban vestigios de ella, pero había ido derivando hacia un espacio en buena parte umbroso en el que Juan y mi hermana habían puesto unos muebles de jardín comprados, según dijeron, por internet.

Me gustaba instalarme en una de aquellas butacas de mimbre de imitación, bajo la sombra de los árboles, los días de calor. Oía las quejas de Juan, que no soportaba el calor, y me sonreía a solas, con la mirada clavada en el libro que sostenían mis manos, diciéndome

que, en cambio, para mí, esos días de sol fulgurante eran mis preferidos.

Juan, el marido de Rocío, no me caía mal, pero tampoco del todo bien. Miraba a sus congéneres desde lejos –y desde arriba–, incluidos los miembros de su familia. Incluida yo, desde luego, si es que puede decirse que alguna vez me mirara de verdad. No estoy diciendo que me gusta que me miren a los ojos fijamente, solo sentir que la persona que me mira está poniendo algo, por poco que sea, de su parte. Pero hay miradas resbaladizas que revelan una total ausencia de interés, como si evitaran dejar en el otro la mínima huella. Juan tenía un problema con la gente, no hay que darle vueltas. Con las personas. A menudo decía que no entendía el mundo o que el mundo no lo entendía a él, o que era un incomprendido, un inadaptado, un inconformista, un *outsider*... Echaba mano de un buen número de adjetivos para definirse y conseguía que todos sonaran como estupendas cualidades, dones del cielo. Era imposible, declaraba, tener una buena relación con el mundo, dada la funesta deriva que este había ido tomando. No caía en la cuenta, al parecer, de que sus interlocutores, entre quienes se encontraban su esposa y sus hijos, pertenecíamos a ese mundo tan aborrecible.

Por lo demás, no era un hombre insoportable. Era fácil convivir con él. Iba a lo suyo y no se metía demasiado en la vida de los demás. Nunca lo vi enfadado. La convivencia, ya se sabe, es siempre rara y difícil. En el caso de la familia formada por mi hermana Rocío, era rara y fácil.

En cuanto a mi hermana, tiene toda mi admiración. Es dueña de una paciencia infinita y, creo yo, de una buena dosis de despego. Trata a Juan con una especie de dulzura, de delicadeza, pero en absoluto vive pendiente de él. Se diría que ha encontrado la clave para aceptarlo, para adaptarse a él. Pero de esta clase de asuntos no hablamos entre nosotras. Es mi hermana pequeña y siempre ha sido así, reservada, independiente, una niña que no buscaba aliados dentro del grupo familiar. Cualquier cosa que tenga aspecto de íntima confidencia no cabe en nuestras conversaciones.

Por las mañanas o íbamos a la playa con los niños o hacíamos

recados por el pueblo y recalábamos después en la terraza del bar de la plaza. Solas mi hermana y yo, con los niños. Juan tenía amigos en el pueblo y aprovechaba las vacaciones para verse con ellos. Muchas veces se quedaba en la casa. Se le daban muy bien los arreglos caseros, todo tipo de arreglos, un grifo que gotea, una tapa que no encaja, el cordón demasiado corto de una lámpara de mesa...

Las tardes eran para mí. Normalmente, Rocío, Juan y los niños iban a la playa. Yo hacía mi vida. Me quedaba en mi rincón, bajo los árboles, o daba una vuelta por el pueblo, pasaba por la librería, intercambiaba unas frases con Irene, la encargada, con quien compartía algunos gustos literarios, me sentaba en la terraza de uno de los bares del puerto y entablaba conversación con la camarera o con los de la mesa del al lado, o simplemente miraba, observaba, con el libro abierto entre mis manos.

Un día, a media mañana, fuimos todos en coche a una playa más lejana. Una cala entre piedras pulidas por el viento, de formas suaves, los pinos ligeramente inclinados, también por los trabajos del viento.

El agua estaba helada y no hacía excesivo calor, pero me di un baño para ver la playa a cierta distancia, para sentirme, más que nunca, observadora. Estar lejos de las cosas me tranquilizaba.

Juan alquiló un pequeño bote de remos y Rocío y Daniel se fueron con él. Me quedé sola con Rosalía. Nos sentamos en las toallas y estuvimos jugando con la arena.

Habían dicho que íbamos a comer en un chiringuito. El grande, dijo Juan. Allí estaba, a nuestras espaldas, entre los pinos. Un armazón de madera cubierto con una lona y lleno de mesas, junto a una caseta con un mostrador, una especie de barra de bar. Me dije que quizá fuese buena idea hacer la reserva de una mesa para comer. Repentinamente, la posibilidad de que luego no tuviéramos mesa me llenó de terror. Me acerqué al chiringuito, con Rosalía en brazos, y hablé con la chica que atendía el bar. Anotó mi nombre en un cuaderno que me recordó los de los deberes del colegio, unos cuadernos delgados, con rayas en las páginas y tapas de cartulina de color canela, que enseguida se ensuciaban y se arqueaban, y

volvimos a nuestras toallas de la playa, a la espera de los navegantes, que se tomaron su tiempo en volver.

Cuando al fin llegaron, todos tenían un hambre atroz. Daniel y Rosalía reclamaban patatas fritas con desesperación.

–He reservado una mesa en el chiringuito –dije.

Juan puso cara de sorpresa, como si se tratara de una idea extravagante. Mi hermana me miró, pero no supe interpretar su mirada, ¿había hecho yo algo inconveniente o, por el contrario, había tenido una idea digna de alabanza?

Nos dirigimos al chiringuito. Le pregunté a la chica del mostrador, a quien un rato antes le había dado mi nombre para que lo anotara en su cuaderno (y lo había hecho, delante de mí), si ya teníamos nuestra mesa.

–No –repuso con pasmosa tranquilidad–. No me encargó nada de comer. No puedo reservar una mesa si no me encargan la comida.

–Pero no me dijiste nada –objeté.

–Es que se fue usted enseguida. Eso me ha extrañado mucho.

–Podías haberme llamado.

–Ya estaba muy lejos.

–¿Qué se puede hacer? –pregunté, atajando la discusión.

–Si me encarga la comida, le reservo una mesa para dentro de media hora.

Eso hice, todo lo rápidamente que pude. Acto seguido, le pregunté a la chica si entre tanto podíamos sentarnos a una de las mesas de metal que estaban al borde de la playa y en las que solo servían bebidas. Dio su permiso de mala gana, y nos acomodamos en las mesas clavadas en la arena, unas mesas livianas, inestables, con las patatas fritas y unos refrescos, los niños ya más calmados.

Juan no entendía lo que había sucedido, se lo tuve que explicar varias veces. No, la chica no me había hablado del menú, si me lo hubiera dicho, ¿qué me hubiera costado a mí haber encargado la comida? Además, no era cierto que yo, una vez reservada la mesa, me hubiera marchado tan deprisa. No era en absoluto cierto. Me había quedado a unos pasos de allí, hablando con un hombre de cierta edad, de piel curtida y cabeza blanca, que había surgido de la parte de atrás del chiringuito. «Es la última mesa que nos queda»,

me había dicho el hombre, como si aprobara que yo hubiera hecho la reserva. Me parece que le comenté que eso era bueno. Él asintió y dijo que el verano solo eran unos días y que se hacía lo que se podía. Deduje que el hombre era el dueño del chiringuito.

Juan se encogió de hombros.

–Bueno, ya está, no pasa nada –dijo luego.

Entonces fue cuando me caí de la silla. Rosalía, con su torpeza de niña de dos años, correteaba a nuestro alrededor. Se me acercó y tendí los brazos hacia ella. La silla, del mismo material ligero que la mesa, se venció hacia un lado. Caí poco a poco, apenas me hice daño y, lo más importante, no caí sobre Rosalía sino junto a ella, apenas la rocé. Al verme en el suelo, enredada entre las patas de la silla, Rosalía me miró, asustada.

Mientras, pasado un rato, comíamos, al fin instalados en el precario barracón de madera del chiringuito, me entraron unas tremendas ganas de llorar. Habían tardado en servirnos, habíamos dado buena cuenta del pan que habían puesto enseguida sobre la mesa y se nos había pasado el hambre. No podíamos terminar nuestros platos. Los niños parecían agotados. Rosalía, ya de nuevo pegada a mí, había cerrado los ojos.

Fue un momento extraño. No había tantas razones para la desolación, pero me sentía como si aún estuviera caída sobre la arena, entre las patas de aluminio de la silla, incapaz de ponerme en pie.

Al día siguiente, pasé por la librería.

–¿Hasta cuándo te quedas? –me preguntó Irene, la encargada.

–Hasta el martes de la semana que viene.

–¿Quieres que quedemos el domingo por la tarde? Voy a ir a comer a casa de mis padres, pero podemos vernos luego y tomar algo. Hacia las siete.

Nos citamos en el bar de la plaza. Estaba nublado, no era un día de playa.

–Te voy a llevar a un sitio muy bonito –dijo, nada más verme.

Tal como yo había presentido, era el mismo sitio, el mismo lugar paradisiaco, el mismo pinar, el mismo chiringuito. Pero ahora estaba prácticamente desierto.

Al borde de la playa seguían las mesas y las sillas de aluminio con sus patas clavadas en la arena. Nos sentamos a una de las mesas. A nuestras espaldas, estaba el armazón de madera cubierto con lona donde se servían las comidas. No había nadie allí.

De la parte de atrás del chiringuito, salió el dueño, el hombre de cara curtida y pelo blanco con quien yo había hablado hacía unos días.

–Este chiringuito siempre ha estado aquí –dijo Irene–. No sé los años que llevará. Cuando empieza el frío, lo cierran. En invierno no viene nadie. Pero el dueño vive aquí todo el año.

El hombre llegó a un extremo del pinar, se detuvo y volvió la cabeza hacia sus dominios. Luego, miró hacia abajo, hacia la playa, las piedras y el mar. Era como una costumbre, un rito.

La tarde caía tan despacio que parecía que no iba a caer nunca, que nos íbamos a quedar allí durante horas. No hacía frío. El aire era casi cálido.

No sé lo que tendría en la cabeza ese hombre cuando miraba hacia abajo, todos los días de todas las estaciones, los buenos y los malos, los soleados, y los nublados, los lluviosos, los ventosos. Miraba y pensaba. O solo miraba.

La camarera –otra diferente a la que yo conocía– nos trajo nuevas bebidas.

Irene me contó algunas cosas de su vida. Tenía un novio que ahora se encontraba en un lugar de los Estados Unidos terminando un curso de algo, una especialización. Él quería casarse, pero ella no estaba del todo segura. A él le gustaba el pueblo de Irene, pero no tanto como para renunciar a su carrera. Eso era perfectamente explicable, nadie le podía pedir algo así. Pero ella, ¡ay!, no se sentía preparada para vivir en una gran ciudad. Estaba muy bien como estaba, compartía un piso con una amiga en un edificio cerca del puerto deportivo, con el dinero que ganaba en la librería se las arreglaba. Sus padres vivían en el interior, tenían huerta, eran gente

humilde. Su hermano mayor era mecánico. El pequeño ayudaba en la huerta.

El dueño del chiringuito pasó por delante de nosotras hacia la playa, llevaba un cubo cuyo contenido dejó en el mar, entre unas rocas.

–Son mejillones –dijo Irene–. En el mar se conservan mejor. Eso creo. No entiendo mucho de las cosas del mar, soy del interior.

Nos quedamos allí hasta que se metió el sol. El hombre volvió a pasar junto a nosotras, ya con el cubo vacío. Se detuvo un momento y nos miró. Pensé que a lo mejor me recordaba, que mi cara le sonaba, que en cierto modo sabía quién era yo. Se fue sin decir nada. Ninguno de los tres dijo nada.

EN EL CAMPING

Tardamos en darnos cuenta de que Marieta había desaparecido de nuestras vidas. Había sido novia de mi hermano Santiago y, durante aquel tiempo, se hizo parte de la familia. Todos la queríamos. Estaba siempre dispuesta a pasar un rato con nosotros, a ayudarnos en nuestras dificultades o a salir del aburrimiento de las tardes de domingo.

No sé bien cuál fue la causa de la ruptura, pero fue una ruptura suave. No lo creo, pero parecía que habían puesto fin a su relación de mutuo acuerdo. No lo creo, porque conozco a Santiago. Nunca pensé que estuviera verdaderamente enamorado de Marieta. Le hacía gracia, desde luego, y, como a todos, le asombraba su generosidad, de la que él era el principal beneficiario. Una chica lista, guapa, alegre, llena de energía, que te mira a los ojos con arrobo, ¿cómo se puede rechazar algo así?

Pero no era él quien la había escogido. Eso no tiene por qué ser un impedimento. Conozco a muchas parejas así. Fueron ellas, las mujeres, quienes dieron el primer paso. Hubo hombres que respondieron al momento, otros que se tomaron su tiempo, pero al fin, todos se dejaron llevar. Mi propia experiencia me lo dice: en general, somos las mujeres quienes tomamos la iniciativa. Estoy dispuesta a discutirlo con quien sea.

El caso de Santiago, sin embargo, tiene otros matices. Aunque, a su modo, también es generoso y compasivo –su corazón, qué duda cabe, es tierno y palpitante–, desde el punto de vista mental, él mismo es su principal preocupación. En realidad, tiene miedo a perder la cabeza. Necesita una gran estabilidad, y sabe que si él no sienta las bases para conseguirla, todo lo que venga de fuera será inútil.

Marieta era todo lo contrario. Ella no necesitaba estabilidad. Se había instalado en el amor universal, aunque se permitiera tener predilecciones. Estaba enamorada de Santiago, pero su capacidad de amar iba mucho más allá.

No quiero parecer agorera –ni mucho menos pasarme de lista– pero siempre supe que esa unión no iba a durar. Fue una separación amistosa. Tampoco tenían muchos bienes para repartir. Habían vivido durante dos años en un apartamento en pleno centro de Madrid. Estaba encima de un bar y los fines de semana no podían dormir. Se ponían tapones de parafina en los oídos. Marieta acabó haciéndose amiga de los dueños del bar.

Cuando se separaron, Santiago volvió a casa de mis padres. Yo ya no vivía allí, pero iba con frecuencia a visitarles. Los fines de semana, sobre todo. Mi madre seguía convocándome a las comidas familiares de los domingos. Yo vivía con un chico que se llamaba Gaspar, lo que, por oscuras razones, me intimidaba. Pocas veces lo llamé por su nombre. No sé qué tiene esto de los nombres, pero algunos se resisten a entrar en tu vida. Puede que eso no signifique nada, pero puede también que esa resistencia encubra algo, una especie de prevención.

Ya no estaba Marieta entre nosotros. No la echábamos de menos.

Eso es decir mucho. Creo que desde el primer momento la echamos un poco de menos. Ella se hubiera hecho cargo de todo. Hubiera planeado la comida, hubiera actuado de jefa de cocina, hubiera ido de aquí para allá, llevando vasos y platos, abriendo botellas de vino, llenando jarras de agua, sonriendo –casi riendo– siempre, hablando poco, en realidad, pero solícita, alegre, disfrutando de la alegría general, contribuyendo sin esfuerzo al éxito de la reunión.

¡Ay, Marieta!, ¿dónde estarás? Me lo pregunté de pronto, mucho más tarde.

Se había perdido de vista, como tantas otras cosas. Como el propio Gaspar, que desapareció un día después de una extraña discusión en la que cada uno hablábamos de una cosa que no tenía nada que ver con la que hablaba el otro. De los gritos se pasó al

silencio. Y después, al final. Abismos, rarezas de la vida. Desapariciones.

Cuando, quién sabe por qué motivo, la imagen de Marieta surgió dentro de mi cabeza, ya habían pasado muchos años de eso, de aquel tiempo de tímidos o apasionados noviazgos, los primeros de la vida, del desinterés que la propia familia producía, del deseo de liberarse de los lazos que remitían a la infancia, de los veranos de prometedores atardeceres envueltos en música venida de lejos. No de tan lejos, no. Salías de casa y te aproximabas a ella con facilidad. Lo que se desvanecía por la noche –una ilusión, un sueño–, renacía por la mañana. Aún quedaban muchas noches. El tiempo transcurría despacio. Podías pensar que así sería siempre, que al fin habías comprendido en qué consistía el tiempo, estabas dentro de él, aunque no lo percibieras, no oprimía, no limitaba nada, estaba ahí para que tú te movieras por él o, si querías no hacer nada, te quedaras ahí, a la espera de algo o ensimismada.

¿Qué sería de Marieta?, me pregunté, quien sabe por qué, ¿por dónde andaría?

Entre otras cosas, pensar sirve, a veces, para que la vaguedad del pensamiento se convierta en realidad. Lo tengo sobradamente comprobado. No siempre ocurre, claro, pero no es algo tan infrecuente. Vas por la calle, estás pensando en una persona y, ¡plaf!, allí la tienes, a unos metros de ti, cruzando el paso de peatones. No te atreves a saludarla, a lo mejor es un fantasma, un fruto de tu imaginación.

Una vez que el recuerdo de Marieta se presentó de improviso en mi cabeza, volvía a mí cuando menos lo esperaba. ¿Qué habría sido de ella?, me preguntaba, ¿cómo era que no habíamos vuelto a saber nada de su vida, con lo estrecha que había sido la relación que la había unido a mi familia? Llegué a preguntárselo a mi hermano Santiago, que parecía haber conseguido al fin aquella estabilidad que tan esquiva le había sido durante su juventud, pero que en cierto modo le había ido apartando de todos nosotros para formar su propio núcleo familiar –una esposa y una hija– y entregarse, al mismo tiempo, a una vocación tardía: la restauración. No de antigüedades, sino, por decirlo así, de personas que desean comer

fuera de sus casas, en restaurantes. Se había hecho socio de un amigo, buen cocinero y ambicioso empresario, con el que había montado un par de tabernas de comida sana y precios asequibles. Su idea era ampliar el número hasta formar una cadena de cierta entidad.

–Sí –me dijo Santiago–. La vi hace unos años, en la Costa Brava, salía de una tienda de ropa, me parece. Se la veía feliz, vivía con un chico que se dedicaba a la informática. Me dijo que daba clases de gimnasia en un polideportivo, algo así. No sé si lo recordarás, pero era muy buena con esas cosas. No sé si seguirá ahí.

¿Cuántos años hacía de eso? Cuatro, quizá más. Santiago aún no se había metido en el negocio de la restauración.

Marieta no seguía allí. Lo comprobé ese mismo verano. En mi condición de mujer separada, me había puesto de acuerdo con dos amigas –que también andaban desparejadas– para alquilar un piso o, a ser posible, una casa, donde pasar las vacaciones. Una de ellas, Magda, se ocupó de todo. Había encontrado un bungalow –así dijo– en una zona de Galicia, en las Rías Baixas –dijo–, muy cerca del mar, el mar de Arousa. Conocía la zona de otras ocasiones y estaba segura de que a nosotras también nos iba a gustar. Cecilia y yo, que no teníamos ningún problema con la vocación de liderazgo de nuestra amiga, le dimos nuestro consentimiento, y a finales de julio viajamos hacia allá, en coche, las tres.

Me gustó más de lo que hubiera esperado. Era una zona no demasiado turística, las casas estaban desperdigadas tierra adentro. De nuestro bungalow –esa era la palabra que utilizaba Magda– a la playa, en parte pedregosa, habría poco menos que un kilómetro. Se iba por un camino estrecho entre las huertas y había que cruzar una carretera, solo eso. A unos metros a la derecha, había un hotel, donde se había alojado Magda hacía dos años con un amigo. El hotel, nos dijo, había cambiado mucho. Ahora tenía ciertas pretensiones. Y había otra novedad: en el terreno de detrás del hotel habían instalado un camping juvenil. Eran dos cosas que no casaban bien: la indudable mejora del hotel, y la sensación de precariedad, de transitoriedad, que transmitía el camping. Podía pensarse que el

camping tenía como objeto absorber las pérdidas que probablemente acarreaba el hotel.

Las habitaciones estaban todas ocupadas, pero el restaurante, que tenía muchas mesas, estaba siempre medio vacío. Lo mismo pasaba con la terraza del bar, que, salvado el obstáculo de la carretera, seguía más allá, sobre la franja de yerba que precedía a la arena.

Íbamos casi todos los días allí, tomábamos nuestros refrescos, nuestros aperitivos, y algunas veces fuimos a cenar. Era el único lugar de la zona al que se podía ir andando. Y era agradable. Asombrosamente, el bullicio del camping juvenil no llegaba a la terraza sobre el mar, ni siquiera a la otra, la del hotel, donde se servían las comidas.

Una mañana de domingo, al pasar por delante del hotel, en el matutino recorrido diario que hacía yo en solitario por los alrededores, vi, en el recinto de la terraza, una figura que me resultó extrañamente familiar. Estaba inclinada sobre las macetas que marcaban los límites del espacio. Llevaba unas tijeras de podar. Se enderezó y se volvió hacia mí. Las palabras salieron solas de mi boca:

–¿Eres Marieta?

Soltó las tijeras, dio un salto y corrió hacia mí. Pocas personas abrazan de ese modo. Lo había olvidado. Me fundí con ella y las dos nos echamos a llorar, ¿qué razón había para eso?

–¡Ay, Susana! –dijo–. Jamás lo hubiera imaginado. Mira que encontrarnos aquí, tan lejos de casa.

Nos sentamos a una de las mesas. Le conté dónde me alojaba, con quién estaba, qué cosas importantes me habían pasado en aquellos años. Ella era una de las monitoras del camping juvenil. Daba clases de gimnasia y de muchas cosas más. Estaba con su hija, una niña de cinco años. Una experiencia. Se había hecho muy amiga de la dueña del hotel y le echaba una mano con las plantas.

También hablamos de Santiago.

–Qué enamorada estuve –dijo, riéndose–. Creí que no se me iba a pasar nunca. Era un chico complicado. Supongo que por eso me gustaba, nunca llegué a entenderle.

Quedamos a cenar esa noche. Mis amigas quisieron conocerla.

También vino Matilde, la hija de Marieta. A los postres, a la niña le entró el sueño y Marieta se la llevó a la tienda de campaña, que compartían con otra monitora y otra niña. Enseguida volvió y se sentó de nuevo con nosotras. La dueña del hotel nos invitó a una copa.

A la cálida luz que iluminaba la sala –estábamos en la zona del restaurante, a cubierto–, la cara de Marieta resplandecía. Algo en ella había cambiado. Por un lado, era la de siempre, abierta a los otros, derramando comprensión y energía. Por otro lado, no sé, su mirada tenía una especie de centro, algo que no pertenecía a nadie. Se había convertido en una mujer seductora.

No sé a qué hora nos fuimos a nuestro bungalow, tampoco recuerdo bien de lo que hablamos ni por qué razón nos reíamos. A la luz de la luna, nos sentíamos eufóricas, como si acabáramos de hacer un hallazgo importante, como si nos hubieran regalado algo. Nos habían invitado a una copa, solo eso.

Tres mujeres pisando la yerba de un estrecho camino, sin saber bien lo que pisábamos, felizmente indiferentes a la posibilidad de estar perdidas en medio del campo, tres mujeres insólitamente dichosas, preparadas para cualquier encuentro, para afrontar viejos recuerdos, para quedarnos ahí para siempre, si se terciaba, si nos apetecía, detenidas dentro del tiempo que volvía a ser lo que una vez creímos que era, un lugar por el que te puedes mover, ir de aquí para allí, o nada, sentarte plácidamente en su blando lecho y esperar o ensimismarte.

Ilustración: © Eva Mutter

Edición en formato digital: febrero 2026

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© Soledad Puértolas, 2026

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A.U., 2026
Pau Claris, 172
08037 Barcelona

ISBN: 9788433950031

Conversión a formato digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es